

LOS OJOS DE SHAMBHALA



La Puerta invisible del desierto de Gobi

Mongolia, agosto de 2007

PRÓLOGO

La existencia de un conjunto de seres altamente evolucionados, apartados del hombre en algún lugar secreto de la Tierra, ha encendido la imaginación de incontables buscadores; a veces, con la misma pasión que genera el fenómeno de los ovnis. Pero lo cierto es que una u otra circunstancia empuja hacia horizontes desconocidos. Muchos partieron en busca de aquellos seres. Se intentó, de hecho, poner en un mapa el lugar exacto de sus moradas sagradas. Si éstas eran físicas o espirituales, no importaba, sino llegar a ellas y develar el misterio de aquella “academia invisible” que vigila el mundo; en otras palabras, las actividades de la Hermandad Blanca. Desde luego, nosotros no somos investigadores —a pesar de que procuramos estudiar y comprender todo lo que hemos afrontado en la experiencia de contacto—; sencillamente, somos caminantes. Y bajo ese símbolo fuimos convocados a una de las zonas más remotas del planeta para sellar un proceso y recibir un mensaje. Anteriormente, ya habíamos explorado lugares de poder vinculados a la Hermandad Blanca. Estuvimos en las selvas de Roncador y Paititi, en Hayumarca y el lago Titicaca, en la Cueva de los Tayos, Ciudad Blanca, Monte Shasta, Egipto, entre otros enclaves. Y en todos esos puntos vivimos extraordinarias experiencias. Un acercamiento con una realidad que esta vez no fluía desde las estrellas, sino desde las zonas más inexploradas de nuestro propio planeta.

Desde que se inició el contacto en 1974, todo parecía apuntar a los Retiros Interiores y la entrega del denominado “Libro de los de las Vestiduras Blancas”, un conjunto de enseñanzas e informaciones que nos permitiría comprender el significado más profundo de nuestra misión personal y colectiva. Como fuere, a 33 años de haberse desencadenado la Misión Rahma, la invitación al desierto de Gobi parecía insinuar que estábamos a punto de culminar un ciclo de contacto y experiencias; en definitiva, una larga y necesaria preparación.

En esos años, redescubrimos que aquellos seres existen. Que hace mucho se encuentran entre nosotros. Y que en sus moradas intraterrestres protegen la clave de los tiempos: lo que fue, es, y será. Ante todo esto, no debería sorprender la invitación al desierto de Gobi. Sin embargo, desde que se inicio el proceso de preparación del viaje —hace nueve años— una fuerza indescriptible empezó a movilizar nuestro corazón. Una fuerza que, literalmente, “explotó” cuando

pisamos aquel desierto mongol donde hace miles de años se estableció la Hermandad Blanca.

Este viaje, sin duda, no fue la aventura de un puñado de almas que intentaban entrar a Shambhala. Fue un paso colectivo y no sólo simbólico. Muchas fuerzas fueron activadas o “despertadas” con los viajes de agosto. Con esta nueva experiencia, reaprendimos el valor y significado real de las expediciones a los Retiros Interiores.

En los mensajes y contactos previos a Mongolia se nos había anticipado que se cerraría un ciclo, y que podríamos acceder a un conocimiento resguardado desde hace miles de años. La historia que conocemos, habla sobre el arribo de “32 Mentores de la Luz” y la trascendental fundación de Shambhala. Pero hay más. Y de eso se trata este informe. Al menos en parte. Lo más importante, aunque resulte difícil de entender, no fueron ni las experiencias, ni el conocimiento que nos fue entregado, sino “algo” que sentimos y recibimos en aquellas dunas y estepas milenarias. Una magia difícil de transmitir, pero que esperamos plasmar de alguna u otra forma en estas líneas. Sabemos que lo sentirán en la medida en que vayan sintonizándose con la narración de nuestro viaje, que fue también el vuestro.

No sabemos cómo opera. Ignoramos cómo funciona. Pero está con nosotros desde el preciso momento en que pisamos aquel lugar que custodian los lamas del desierto de Gobi.

Quizá, todo lo que vivimos, sea un anticipo de la nueva etapa que empieza de hoy en adelante para cada uno de nosotros.

LA INVITACIÓN A GOBI

Es difícil rastrear cuándo se nos convocó a Gobi por primera vez. Probablemente, uno de los primeros indicios se encuentra en el viaje a Paititi de 1996. Durante el encuentro físico con Alcir —el maestro intraterreno y guardián del Disco Solar— se nos mostró el desierto mongol recibiendo la visita de una gran nave de aspecto triangular. La visión conectaba el instante mismo del arribo de los 32 enviados de la Confederación de Mundos de la Galaxia, quienes fundaran la mítica Shambhala, capital o ciudad matriz del entramado subterráneo de Agartha.

La sensación de ir físicamente a Gobi nació en esa experiencia. Y dos años más tarde, en un nuevo encuentro físico en Marcahuasi de San Juan de Iris (28 de julio de 1998), el Maestro Joaquín expresó que iríamos al antiguo desierto de Shamo luego de cumplir ciertas etapas en la preparación. Hay que recordar que en ese contacto se nos habló de nuevos viajes al Monte Sinaí y la Sierra del Roncador, y de la importancia del *Séptimo de Rahma* o “Clave del Recuerdo”. En ese momento, como es de imaginarse, no comprendíamos plenamente estas revelaciones. Pero el transcurrir del tiempo nos permitió realizar y sentir todo esto.

Paso a paso, diversos mensajes psicográficos fueron precisando que el viaje a Gobi se desarrollaría en el año 33 de haberse iniciado la Misión, como si ello simbolizara un cierre de ciclo o un gran cambio de fase. La posible conclusión, para muchos de nosotros, era inevitable: todo lo que fuimos viviendo estos años, constituía una poderosa preparación o adiestramiento para viajar al desierto más misterioso de la Tierra. Pero, ¿para qué exactamente?

Aunque resulte demasiado sencillo, el objetivo principal del viaje era llegar físicamente allí, en un momento especial e importante de nuestra experiencia de contacto y, tal como advirtieron los Hermanos Mayores, en medio de importantes acontecimientos mundiales.

Llegar a Gobi, en representación de todos y del proceso que hemos vivido, significaba un gran paso o “*test colectivo*”. Los Guías extraterrestres sostenían que ello podría “activar” o desencadenar los nuevos momentos de la Misión. Una nueva etapa, en suma, y que ya era mencionada en más de un mensaje como el “*Octavo de Rahma*”. Pero esa etapa era simbólica, pues no “existía” como las

anteriores siete fases del contacto. Es decir, representaba un momento diferente al proceso anterior. Una instancia en donde debíamos dar un verdadero salto de conciencia.

Adicionalmente a ello, el viaje a Mongolia poseía un ingrediente más: la existencia de una puerta de luz que podría ser hallada en el desierto. A través de ella se establecería una conexión con los 32 seres que fundaron Shambhala.

Esta experiencia, incluso, parece haber sido anunciada por Alcir en el encuentro físico de 1996. En las selvas del Paititi el Maestro intraterreno afirmó:

“Los 32 Mentores de la Luz llegaron en esta nave que observas, la misma que está aguardando el momento de alzarse de nuevo hasta los cielos el día que el gran desierto se *abra* y muestre sus secretos”.

¿Qué significaba aquello de que el desierto se “abriría” y mostraría sus “secretos”? ¿Tendría alguna relación con la puerta de luz que en algún lugar del Gobi descansa, aguardando abrirse? ¿Y cuál es aquel “secreto”? ¿Es literal el “despertar” de aquella nave?

Joaquín, en el contacto de 1998, fue más claro al respecto al sostener que en el viaje a Gobi se podría conectar con ese “secreto”. Con los años, diversas experiencias nos hicieron comprender que esta posible conexión con la nave de los 32 podría darse a través de la mencionada puerta dimensional. Ello permitiría acceder a ese conocimiento sin que el grupo tenga que internarse demasiado en un desierto que tiene más de 1 millón de Km² de superficie. De hecho, los mensajes no tardaron en respaldar todo esto.

E inmediatamente a ello, se dio la confirmación.

Como muchos recordarán, el hecho extraordinario que corroboró la existencia de la “puerta” se dio a través de Jesús Becerra, un importante periodista mexicano que trabaja para la Cadena de TV UNIVISION. Recuerdo que me encontraba en Miami para dar una entrevista en el conocido programa “*Despierta América*”, en donde Jesús actualmente trabaja como productor. Allí, al salir del estudio, el periodista me comentó que por invitación del reconocido escritor canadiense Glenn Mullin, viajó con su esposa a Mongolia y visitó el desierto de Gobi. En ese periplo por la estepas y dunas que otrora pisó Genghis Khan, los lamas que les

acompañaban afirmaron que cerca de su monasterio existía una puerta de luz que conecta con Shambhala. Un centro de poder que los monjes custodian desde que fue “descubierto” en el Siglo XIX por un respetadísimo Lama, un santo venerado en Mongolia: *Danzan Rabjaa*. Más adelante hablaremos de él y cómo encontró la puerta.

Jesús, motivado por esta revelación, procuró ingresar al lugar, pero en ese momento, como si se tratase de una estocada del destino, su esposa enfermó y tuvieron que abandonar el desierto.

Nota: Esta experiencia fue relatada por el propio periodista en una conocida radio de Miami. Meses atrás compartimos el archivo de audio que contiene su testimonio.

Jesús Becerra lucía serio y conectado con ese lugar cuando me compartía sus impresiones. Sin titubeos, llegó a comentarme que “había visto toda su vida” con tan sólo hallarse al borde de esa “puerta” o centro de poder. Y conociendo lo objetivo y racional que suele ser, su testimonio cobraba mayor consistencia.

Desde un primer momento supimos que ese punto, enclavado en el hoy llamado Dornogobi —la zona este del gran desierto— era el principal destino de nuestro viaje.

Ya sabíamos adónde ir.

Y también conocíamos la fecha: el 8 de agosto.

Obviamente, había más de una razón para acudir en esa coordenada.

Todos sabemos que no es la primera vez que los Guías sugieren esa fecha como “eje central” de las posibles experiencias. Por una parte, el 8/8 nos recuerda el mensaje del “*Octavo de Rahma*”, y por otro lado, nos remite al fenómeno de los Crop Circles de Inglaterra, pues generalmente los dibujos más importantes aparecen alrededor de esa fecha —la mitad exacta entre el solsticio de junio y el equinoccio de septiembre—. De acuerdo a lo que hemos aprendido, son momentos especiales que favorecen la conexión con puertas dimensionales. Y por si esto fuera poco, para algunos estudiosos, en esa misma fecha, además, se hacían ceremonias mágicas en la antigua Gran Bretaña en honor al Santo Grial. Sea como fuere, el 8 de agosto no era un accidente y obedecía a un motivo poderoso e importante.

LOS INTEGRANTES DE LA EXPEDICIÓN A GOBI

Luego del encuentro internacional en Chilca, mantuve contacto con diversos miembros de los grupos que sentían participar del viaje a Mongolia. La selección, como es de suponer, fue muy difícil. Y lo digo sinceramente. Más de 50 personas se pusieron en contacto conmigo expresándome su deseo de participar; personas, debo decirlo, muy comprometidas con el mensaje, y desde luego con muchas ganas de formar parte del equipo de siete que las comunicaciones habían sugerido.

En los meses previos al viaje, aproveché las diversas salidas a terreno para meditar con calma la selección del equipo. Y estuve muy atento a la experiencia acumulada en viajes anteriores. Sabíamos, desde un inicio, que se debía armar un grupo de afinidad y sintonía. Un grupo que debía estar plenamente identificado con el objetivo de penetrar en Gobi.

Con este criterio, finalmente, el grupo que viajaría a Mongolia sería conformado por Elard y Cuckie Pastor, de los grupos de Lima. Ellos se integraron a la experiencia de contacto desde fines de los años 70, formando parte de innumerables salidas, encuentros internacionales e importantes viajes que señalaban objetivos específicos, como por ejemplo los que involucró el denominado “Año Semiótico” de 1998. Poseen una experiencia valiosa y ambos son personas maravillosas. Además, Elard conformó una de las expediciones a Paititi y ambos participaron en el último viaje al Monte Sinaí en Egipto.

Nimer Obregón, otro “sobreviviente” de aquellos primeros años de la Misión, formado en Lima pero radicado hace varios años en el Ecuador, se sumó al equipo totalmente decidido. Conocido por su contagiante empuje y entusiasmo, nuestro gran amigo ya había lidiado con las selvas de Paititi y las oquedades de la Cueva de los Tayos, donde tuvo una extraordinaria experiencia de contacto con una entidad de luz, al lado de Hans Baumann de España.

Hans, de hecho, estaba en la lista de convocados inicialmente. Sin embargo, debido a diversas situaciones personales que se le presentaron, declinó su participación en el viaje.

Isabel Zepeda de Honduras —una hermana muy querida, originaria de Río de Janeiro— se integró entonces al grupo de siete. Fue muy especial cómo se dio todo para que ella estuviera en el viaje. Cuando le escribimos para ponerla al tanto de cómo se estaban dando las cosas, nos comentó que en caso existiese la

posibilidad de ser convocada, le había pedido a los Guías que su confirmación fuera recibir la invitación en una fecha especial que solamente ella sabía (!).

Sí, suena extraño. Pero para Isabel era importante.

Encontrándome en casa de Elard y Cuckie Pastor y luego de realizar algunas consultas con el grupo de viaje, se decidió convocar a Isabel. Confieso que mientras conversaba con ellos al respecto, no dejaba de preguntarme cómo debíamos operar con la invitación. Así, de súbito, una voz masculina susurró lentamente en mi oído: *“Escríbele el 13 de mayo”*. Sorprendido identifiqué en esta presencia al Guía Antarel. Fue tan claro, tan contundente, que sin dudar decidí escribirle a Isabel sobre su participación en el viaje en la fecha que se me había indicado.

Y ciertamente esa era la coordenada correcta.

Luego supimos que Isabel la eligió porque también un 13 de mayo había sido convocada para el viaje a Paititi de 2005.

No hace falta que hable mucho sobre Isabel. Todos conocen su entrega y el valioso aporte que ha significado para la Misión su participación y la de su esposo Rodolfo —otro expedicionario a Paititi— desde que se involucraron en la experiencia de contacto a mediados de los años 80.

Elvis Martínez de Puerto Rico, oriundo de su recordada República Dominicana, también se integró sin contratiempos en el grupo. Juntos habíamos compartido diferentes encuentros internacionales, e importantes salidas y expediciones a Marcahuasi, Paititi y el inolvidable viaje a Egipto de 2003, que narro en el Informe Mintaka. Elvis también tenía muchos años trabajando en la Misión. Su presencia sería significativa.

Carina Marzullo, de Bariloche, Argentina, contaba con cerca de 10 años de estar participando en los grupos. Ello la convertía en la más “nueva” de todos nosotros. Sin embargo, nuestra compañera reunía una gran experiencia en expediciones y, lo más importante, un compromiso incuestionable con el mensaje. Además de incontables salidas a terreno, encuentros internacionales y expediciones a la Cueva de los Tayos en Ecuador y la Sierra del Roncador en Brasil, Carina estuvo involucrada desde un principio en los viajes al sur de la Patagonia, que como recordamos apuntaban al misterio de la “Ciudad de los Césares” y la existencia de la dormida “Kayona”, la ciudad perdida que se

encuentra sepultada bajo los hielos de la Antártida. De hecho, Carina participó de la salida de contacto en Tierra del Fuego que conectó con esa información. Desde un principio, al igual que los otros miembros de la expedición a Mongolia, había sentido el llamado de Gobi.

Así, el grupo quedaría conformado de la siguiente manera:

1. Elard Pastor (Perú)
2. Cuckie Pastor (Perú)
3. Nimer Obregón (Ecuador)
4. Isabel Zepeda (Honduras)
5. Elvis Martínez (Puerto Rico)
6. Carina Marzullo (Argentina)
7. Ricardo González (Argentina)

La mayoría nos conocíamos, y habíamos compartido un sinnúmero de experiencias. Ello fue muy valioso, pues rápidamente pudimos constituir un excelente equipo de trabajo.

Una vez que se dio a conocer el grupo de viaje —a mediados de marzo— se empezaron a gestar una serie de actividades a escala internacional para aliviar los altísimos costos de la expedición al desierto de Gobi. Los grupos de Lima, sin esperar mucho, se embarcaron en la organización de dos conferencias públicas para que Sixto Paz y yo pudiéramos reunir fondos para el viaje. Ocurrió lo propio con los grupos de California, amén de las diferentes donaciones que fueron llegando de diversas partes del mundo para colaborar con nosotros. Estamos muy agradecidos por ello.

Gracias a Jesús Becerra —el periodista de UNIVISION— pudimos ponernos en contacto con experimentados guías mongoles que hablaban inglés, y que podían ayudarnos en la logística de nuestro viaje al desierto.

El panorama mundial se insinuaba inquietante para el mes de agosto, pues sabíamos de antemano que el actual presidente de Rusia —y ex agente de la KGB— Vladimir Putin, se reuniría con su homólogo chino Hu Jintao, para presenciar maniobras militares de sus ejércitos en la zona de los Urales. Por si esto fuera poco, con la presencia del controvertido presidente de Irán.

Teniendo en cuenta que los Guías habían anticipado estas tensiones internacionales desde la experiencia en Celea en febrero de 2001, nuestro viaje a

Gobi se transformaba en una oportunidad extraordinaria para envolver en luz al planeta desde un lugar que amplifica poderosamente nuestra capacidad de “creer y crear”. Según los mensajes, agosto y septiembre eran meses cruciales para revertir esta escena bélica. Y tal vez por esta razón se nos convocó no sólo a Mongolia, sino a Paititi, el lago Titicaca, Ciudad Blanca, Monte Shasta, Talampaya, entre otros lugares de poder que cumplen con la misma función de impulsar y fortalecer nuestras irradiaciones planetarias.

En Perú, quedó una sensación muy clara de que “algo iba a pasar” cuando el 20 de mayo se produjo una histórica filmación de cientos de objetos no identificados sobre los cielos de Lima. Una noticia que literalmente dio la vuelta al mundo por la contundencia de las imágenes. Curiosamente, semanas atrás había sido entrevistado en el programa de TV más visto del país —*“La Ventana Indiscreta”*— mostrando las últimas evidencias de flotillas de ovnis en México.

Las semanas previas al viaje fueron intensas.

De una forma impresionante se multiplicaron hechos sincrónicos relacionados a Gobi y Mongolia, sueños lúcidos relativos al viaje, experiencias personales, en fin, todo fue tan mágico, tan claro y concreto, que deberíamos redactar un informe aparte para explicarlo. Era como si una fuerza inteligente, de naturaleza espiritual, nos estuviese colocando en la “frecuencia correcta”. Como si nos estuviese protegiendo. Como si preparara nuestro camino. Como si esperara nuestro arribo en el desierto...

EXTRACTOS DE MENSAJES

Chilca, Perú, 22 de enero de 2007

Sixto Paz

“Sí somos vuestros hermanos guías en misión. Las pautas ya han sido dadas anteriormente con respecto al número y procedencia de los participantes de los viajes del 2007. En el caso del viaje al Gobi, serán de todo el mundo, hombres y mujeres, mientras que a la base Azul del Alto Paititi serán específicamente dos de Uruguay, dos de México, dos de República Dominicana y uno de Perú. Sólo siete entre hombres y mujeres”.

“...En los próximos viajes de conexión con la Hermandad Blanca, habrá dos personajes importantes, dos personas locales que aparecerán, y serán las claves para llegar y hacer lo que se espera, donde se debe y se puede. Estén atentos a las señales, y a quienes se os acercan. Todo estará cargado de simbolismo y significado”. Sampiac.

Km 33, Uruguay, 9 de marzo de 2007

Ricardo González

“Sobre los integrantes de la expedición, ya les dijimos que es responsabilidad vuestra la conformación del grupo. Ya constataron la fuerza del llamado a Gobi. Sólo les reiteramos que deben procurar un grupo compacto y afín, armónico y en sintonía con el propósito espiritual del viaje. Un grupo de siete hombres y mujeres procedentes de diferentes países, vibrando en un solo cuerpo. Conectados con el secreto de aquel desierto. Si bien es cierto, la invitación a Gobi involucra un paso simbólico de comprensión, de madurez y entrega para la Misión, los llamados al desierto deben vibrar con él desde dentro. No les resultará difícil comprender esto.

Y estén tranquilos. Tan sólo no se esquematicen y decidan más con el corazón que con la mente quiénes deben ir. Ellos serán uno con sus hermanos que irán a Paititi. Ha sido planeado así por las Jerarquías: Gobi representa el inicio de la Hermandad Blanca en la Tierra. Paititi un Retiro Interior que acogió a Maestros mestizos. Y el lago Titicaca, aunque también milenario y con sus misterios, representa actualmente las energías activas y la iniciación humana al interior de la Hermandad Blanca; un proceso que se ha denominado la *preparación ulterior*.

Se podrán imaginar que al unir energéticamente estos lugares algo maravilloso será puesto en marcha. Es la puerta de la cual les hablábamos. Es el inicio del Octavo de Rahma.

Para los hermanos que vayan a Gobi y Paititi, no olviden el día 8. Es importante. El momento de la conexión. El momento de decidir. De ese día dependerán muchas cosas". Oxalc, Antarel y Sampiac

San Francisco, California, 20 de julio de 2007

Ricardo González

"En Gobi, la coordenada los sitúa cerca del monasterio. Es el lugar correcto. Y en él descubrirán por qué se construyó realmente el templo en medio del desierto. Lugares invisibles sólo se abren a los esperados de siempre. Estén tranquilos, que siempre habrá alguien para brindarles ayuda. Lo identificarán.

En el desierto tendrán suficientes días y noches para meditar, verse a sí mismos como nunca antes, y tomar decisiones. No se preocupen por las distancias o accesos, ya lo verán. Y tiene que ser así, pues este viaje tendrá fuertes connotaciones mentales y emocionales. No tendrán que adentrarse mucho en el desierto, sino dentro de sí mismos.

Si bien les hemos revelado que en el corazón de Gobi existen los principales accesos físicos al mundo subterráneo, en esta ocasión ustedes se hallarán en un extremo del desierto, que esconde una de las puertas de luz que conecta con aquel corazón del intramundo y, por tanto, de su tesoro. Sólo aguarden. Sean pacientes. Y recuerden que todos son uno, y que uno pueden ser todos. Para nosotros no hay diferencias. 7, 8 y 9 de agosto serán importantes. Estén atentos y en paz". Alcir

La Paz, Bolivia, 29 de julio de 2007

Luis Fernando Mostajo

"Sepan que la más grande experiencia en agosto se viene ya viviendo al interior de cada uno, y será el significado más claro, aquel que os permita ver como en un espejo la real dimensión de lo que fuisteis, de lo que sois y lo que aspiráis ser, lo que cobrará real sentido al esfuerzo, entrega y unidad en este tiempo.

Las condiciones han sido dispuestas para que quienes compartáis en el Retiro Externo, se integren al Concejo de Ancianos y Guías que desde inicios de agosto se encontrarán concentrando las fuerzas cósmicas y telúricas en Wiñaymarka, como el Nuevo Centro de Irradiación de la luz en el Planeta y los viajes, tanto en Gobi como en Paititi, apoyarán el sellado de los roles y labores, compromisos de antes en procura del redimensionamiento de la Tierra en su

nuevo estadio evolutivo. En suma, las experiencias de agosto sellarán la última etapa del cumplimiento del contacto llamado Rahma y abrirán las puertas al nuevo Guía e Instructor en Tierra con la connotación propia que este representa". Sordaz

Quito, Ecuador, 1 de agosto de 2007

Sixto Paz

"A los hermanos y hermanas que han viajado hacia los distintos puntos planetarios planteados en los mensajes, les decimos que las comunicaciones, enseñanzas y activaciones les llegarán desde un inicio a través de los medios y circunstancias menos pensadas, y es que algunos de los que se presten a guiarlos y aconsejarlos en el camino y en los lugares, son ellos mismos los emisarios, o están siendo utilizados por la jerarquía para llevarlos al nivel y al lugar de conexión. Por ello manténganse despiertos y atentos, y vean más allá de lo aparente, porque no sólo han sido convocados a lugares mágicos y especiales, aquellos sitios son disparadores planetarios. El estar allí en nombre de todos generará reacciones en cadena, tanto en Uds. como nosotros, porque verán y harán ver a todos lo que siempre estuvo allí y debía ser conocido en ésta época, pero sólo lo lograrán si realmente se prepararon.

En cuanto a la idea que más de uno sensatamente se planteó que no hay que irse tan lejos como para vivir una experiencia extraordinaria, eso es cierto, pero en éste caso el lugar y el momento requerían que estuviesen allí. Quienes han sido convocados y se han reunido para vivir en nombre de todos esta parte del proceso, se encuentran cumpliendo compromisos y lazos más allá del tiempo. Están todos ellos fortaleciendo vínculos y reconociéndose en lugares que debían de ser activados en éste momento para que aflore el recuerdo y se profundice el compromiso. Quien no este acorde con las necesidades, y quien no se preparó adecuadamente, quedará de lado, y los demás seguirán, porque así es la vida y el camino. Apoyen a los misioneros a todo nivel, porque en ellos están Uds. reflejados y contenidos, al igual que nosotros. Cada grupo convocado sea en el lugar que sea, los representa a todos y carga con las expectativas de la Confederación de Mundos y de la Hermandad Blanca, por ello mantengan la unidad de propósito y la hermandad. No dejen de envolver en luz a los misioneros, ni de enviarles protección adicional, tampoco dejen de acompañarlos de todas las formas posibles que han aprendido" Sampiac y Oxalc.

MONGOLIA

Ulaanbaatar es una pequeña y polvorienta ciudad, con cerca de 700,000 habitantes. Luce rústica y por ciertas zonas desordenada. Pero, pese a ello, posee cierta atmósfera de paz y tranquilidad; más aún si se le compara con otras capitales asiáticas. Desde la caída del Imperio Soviético, Mongolia se ha convertido en un punto de marcado interés para numerosos exploradores y viajeros, que perciben en este rincón del mundo un lugar que parece haber quedado detenido en el tiempo.

Enclavada entre Rusia y China, es uno de los países más elevados del mundo, con una altitud promedio de 1,585 m. El punto más alto es el legendario *Hayrhan Uul*, en la Cordillera del Altai mongol, con 4,362 msnm.

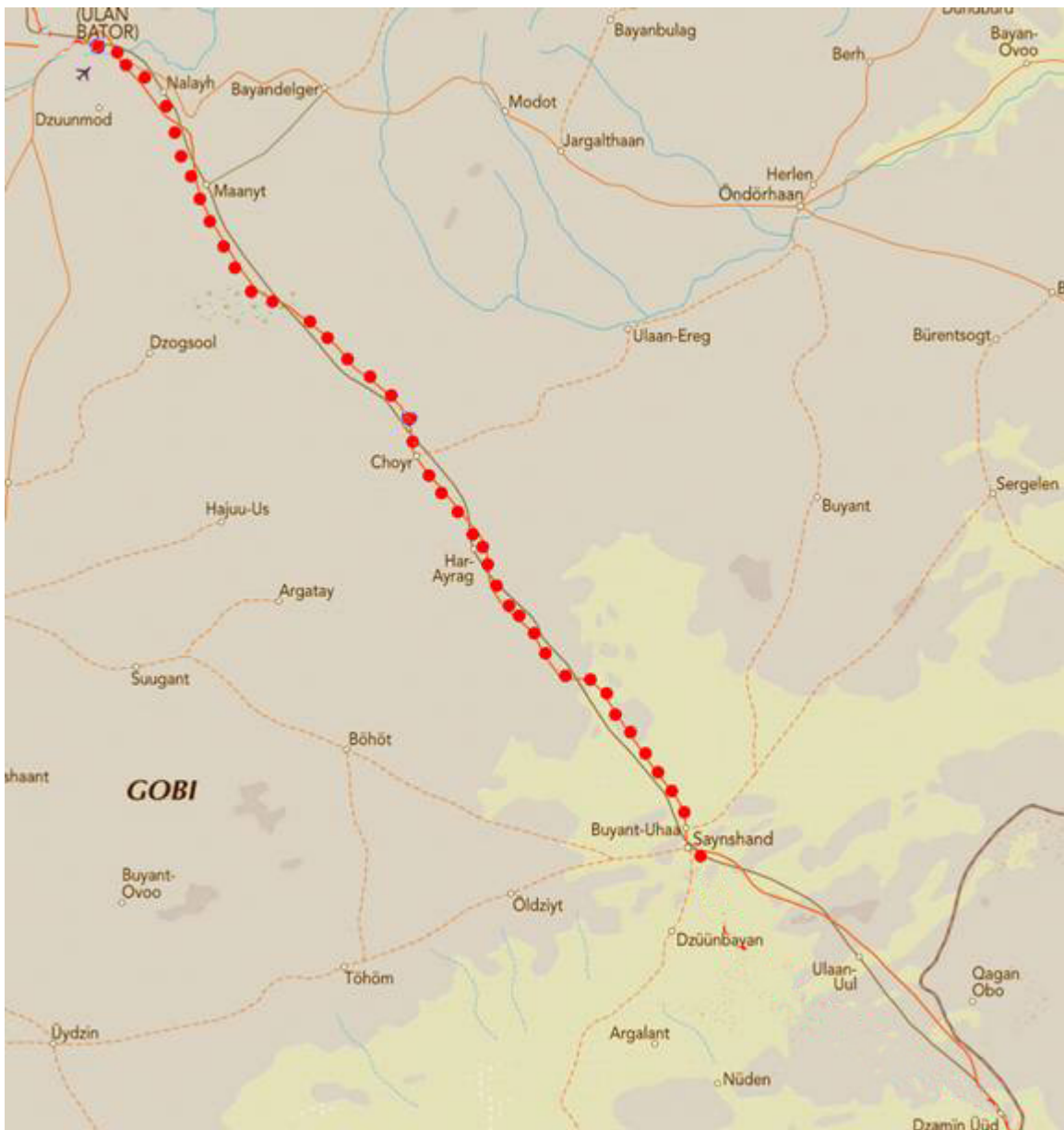


Con 1.565.000 kilómetros cuadrados de superficie, Mongolia es, además, el decimonoveno país más grande del mundo, aunque gran parte de su territorio se encuentra dominado por amplias estepas y grandes montañas al norte y oeste, y el Desierto de Gobi, al sur. Esta nación es el remanente del antiguo Imperio Mongol, que influyó en gran parte de Asia durante el siglo XIII. En lugares como *Karakórum* —el antiguo centro del Imperio de Genghis Khan— se puede respirar la magia de toda su historia.

Ulaanbaatar es la ciudad capital, y por ende el lugar estratégico para ultimar los detalles de nuestra expedición al desierto de Gobi. Afortunadamente, el grupo no tuvo mayor contratiempo para completar trámites de visa, llevar a cabo los diferentes vuelos de conexión, y arribar a Mongolia el 2 de agosto. Tres días más tarde, partiríamos en tren en dirección a Saynshand, una humilde ciudad que se halla en el distrito de Dornogobi. El último punto de “civilización” en pleno desierto. La estación de tren para embarcarnos en este viaje —de al menos 12 horas— se hallaba frente a nuestro “cuartel general”, un sencillo pero cómodo hospedaje, atendido por un inmigrante cubano que se le ocurrió llamar “*Hostal*

Sr. Gómez" a su establecimiento. Impensable hallar algo así en Mongolia. De hecho es el único lugar donde hablan español.

Fueron muy productivas las 72 horas que permanecimos en Ulaanbaatar. Meditamos, y estudiamos los mensajes recibidos y pusimos a punto los detalles finales para viajar al desierto. Iríamos con Sana, una traductora mongola que domina bastante bien el inglés y el ruso. Una vez que arribáramos a Saynshand, nos aguardarían dos camionetas 4 x 4 para internarnos en el desierto y alcanzar el Monasterio de los lamas. De acuerdo a nuestras referencias, muy cerca de allí, se hallaba la presunta puerta dimensional. **(Figura abajo: recorrido del tren)**



Las largas horas de travesía en el tren fueron especiales. La ruidosa locomotora se fue adentrando lentamente en el sur mongol, mostrándonos bellos paisajes, familias nómadas pastando ganado, y en breve, el verde de los pastos tiñéndose de un color ocre oro, como si se tratase de un preámbulo al desnudo desierto que encontraríamos. Desde luego, aprovechamos este recorrido para seguir analizando los mensajes, reflexionar en su contenido, e intercambiar nuestros puntos de vista al respecto.



Hay una idea equivocada en los grupos de contacto, que sugiere que la invitación a Gobi partió únicamente de las experiencias que afronté en 1996 (Paititi) y 1998 (Marcahuasi). Analizando la información que disponíamos, constatamos que ya se habían recibido mensajes muy anteriores a todo ello. Por ejemplo, Elvis nos comentaba que Vicente De La Torre, de los grupos de Puerto Rico, tuvo una importante experiencia en donde pudo “ver” el viaje al desierto, sólo que en aquel entonces el panorama en la Misión no estaba lo suficientemente claro como para interpretar correctamente la visión. Como fuere, cuando Elvis partió de San Juan rumbo a este viaje, Vicente se comunicó con él y le dijo que efectivamente, ésta era la expedición al desierto de Gobi que se le había mostrado en sueños.

Por su parte, Elard nos compartió una interesante experiencia de contacto, vivida por los grupos de Tacna en julio de 1995, en donde la referencia al desierto de Gobi es más que trascendental. Por su importancia, citamos aquí un extracto del libro *“Memorias del Futuro”*, de Fernando Bendezú y Roberto Vargas de la Gala:

Aparecí en una habitación circular que tenía varias ventanas que estaban tapadas por una especie de “cortinas metálicas”, entonces traté de preguntarle a Oscim dónde estaba y me encontré solo.

El piso era como de cristal rosado que emitía una luminiscencia propia, me sentí un poco nervioso y a la vez una curiosidad extraña me hacía acercarme a las ventanas, haciendo caso a esta curiosidad me acerqué a una de ellas y al tocarla con la mano inmediatamente esa cortina se corrió hacia un lado dejándome ver en el fondo, todo el espacio lleno de estrellas. Sentí en ese momento una desorientación y me acerqué aún más, efectivamente, era como si estuviera en algún lugar flotando en medio del espacio y casi instintivamente observé a los costados de ese ventanal, mi sorpresa no demoró en demostrarse al poder presenciar que habían cientos o miles (no podría precisar) de naves en forma circular y cilíndrica, giré al otro costado y también habían muchas naves que estaban flotando o viajando hacia los lados de donde yo estaba, regrese a mi posición original asustado por la repentina presencia de un ser, era Oscim con una sonrisa en los labios como complaciéndose de mi penoso estado emocional.

No sé si pensé ¿qué significaban todas aquellas naves? Pero su respuesta fue casi inmediata:

“Todas esas naves están viajando hacia el gran día”

No entendí lo que quiso decir *“¿Qué era ese gran día? o ¿Dónde era ese gran día?”*, y nuevamente sus palabras:

“Observa dónde será ese gran día”

Entonces pude ver a través de ese gran ventanal que todas esas naves se acercaban a gran velocidad hacia una estrella que estaba en el centro de todo ese gran espacio.

Conforme se iba acercando esa estrella haciéndose más grande, pude ver que era el planeta Tierra y así entramos en la atmósfera. Ingresamos a un lugar y pude ver los continentes, y a gran velocidad acercarme hacia un gran desierto. Prácticamente sobrevolando muy bajo ese desierto, es que surgió en mí una pregunta: *“¿Es eso Chuschuco?”*

Y me respondí mentalmente... *“pero Chuschuco es más chico, no es tan grande”* y Oscim intervino una vez más leyendo mis pensamientos:

“Esto que ves es el desierto del Gobi en Mongolia, aquí será el gran día. Prepárense para entonces”

Es ahí donde le pregunté “¿Y que va a pasar ese día? ¿Cuándo será ese día?” Y la respuesta de Oscim fue:

“Primero lo primero. Y lo primero para vosotros será RECORDAR”

Tal vez, la invitación “formal” para viajar a Gobi que se dio en el contacto físico de 1998, fue tan solo parte de un largo proceso de experiencias y mensajes que procuraban prepararnos para este momento. Resultaba increíble ver cómo había transcurrido los años desde aquel viaje a Marcahuasi de San Juan de Iris. Y nosotros ahora metidos en un viejo tren camino al desierto donde, de acuerdo a la experiencia de los muchachos de Tacna, sería el “Gran Día”. ¿Qué significaba exactamente? ¿Y la movilización de todas esas naves, era alegórica o literal? ¿Podría tener alguna conexión con el masivo avistamiento —algunos investigadores contaron más de 2,000 objetos en el vídeo— que se dio en Lima el pasado 20 de mayo?

Como fuere, en las salidas de preparación para el viaje a Gobi los Guías siempre respondieron con la contundente presencia de sus naves, como en la expedición a Somuncurá en la patagonia argentina, o en Monte Shasta, semanas antes de partir a Mongolia, en donde un objeto metálico se estacionó en el cielo a pleno día, permitiendo ser filmado. Además, Elard también lograría registrar el apoyo de los Guías en los días previos a tomar el vuelo a Asia, en una clarísima manifestación de un ovni sobre los cielos de Los Angeles y de alrededor de 10 objetos luminosos de menor tamaño. Intuíamos que algo grande iba a suceder.

También analizamos el mensaje de la séptima etapa del contacto: el “recuerdo”, un paso más que indispensable para migrar hacia un momento diferente en la Misión. Quienes lo han vivido, saben exactamente a qué nos referimos. Tomar conciencia real de nuestro proceso, historia y origen, abre un derrotero distinto en el cumplimiento de roles y tareas, tanto individuales como colectivas. No en vano los Guías extraterrestres sostuvieron desde un principio de que, al final, comprenderíamos que la Misión Rahma consistía en “recordar”. Y ese paso, sin duda, era el momento previo al “octavo de conciencia” que mencionan los últimos mensajes. Si la séptima etapa vibraba en el recuerdo —especulábamos— ¿el octavo peldaño, aunque simbólico, no representará “el futuro”? ¿Tendrá ello que ver con el mensaje poderoso del número 33? ¿Por qué muchos sentían en su corazón que un “gran cambio” sobrevendría para nuestra experiencia de contacto?

EL CÓDIGO ROERICH

Nuestra charla en el tren se vio enriquecida por una sincronicidad curiosa. Sana, nuestra traductora y acompañante en este viaje, se encontraba leyendo un libro publicado en Rusia y que estaba dedicado al enigma de Shambhala y las expediciones al corazón de Asia de Nicholas Roerich. Lo resaltante, es que la joven mongola nos mostró una de las pinturas del célebre artista y explorador, llamada “*Gelugpa, el lama tibetano*”.



En el cuello del joven Lama colgaba una piedra verde que de inmediato nos recordó la leyenda de la misteriosa Piedra de Chintamani, el cuerpo cósmico que según la tradición vino desde Orión a nuestro mundo y permaneció oculto en Shambhala, para salir cada cierto tiempo a la superficie cuando la humanidad enfrentaba una nueva prueba. Supuestamente, Roerich, en la expedición que llevó a cabo en agosto de 1927, iba a la ciudad mágica de Agartha para “devolver” aquella piedra a los Mahatmas. Nadie puede afirmar si fue así, pero

lo cierto es que Roerich trajo consigo de la expedición un poderoso mensaje que fue lanzado dos años más tarde desde Nueva York: *“El Pacto de las naciones y la Bandera de la Paz”*. Se trataba de un tributo a preservar la cultura y el humanismo más allá de las fronteras y distinciones geográficas. En suma, un mensaje de paz.

Un año más tarde de haberse dado a conocer, la cruzada espiritual de Roerich fue recibida por la Sociedad de las Naciones —prototipo de la actual ONU—, consiguiendo la aprobación entusiasta de figuras políticas y culturales de la talla de Alberto I Rey de Bélgica, del premio Nobel Rabindranath Tagore, de Maurice Maeterlink, y del presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt.

Este proyecto estipulaba que todas las instituciones educativas, artísticas, científicas o religiosas, así como todos los edificios que poseyeran un significado, o valor cultural o histórico, debían ser reconocidos como centros inviolables y respetados por todas las naciones, tanto en tiempos de paz o de guerra. No pocos estudiosos piensan que ese fue el encargo que Roerich recibió en Asia de los “maestros invisibles”, quienes habían previsto la inminente segunda Guerra Mundial y sus lamentables consecuencias.

El 15 de abril de 1935, el “Pacto Roerich”, como se le conoció, fue firmado en la Casa Blanca —en presencia del entonces presidente Roosevelt— con representantes de 21 gobiernos de toda América, entre ellos: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Estados Unidos, Uruguay y Venezuela.

Penosamente, el compromiso no sería respetado en los futuros conflictos humanos.

Al margen de todo esto, Roerich dejó un legado extraordinario en su prolífica obra —aproximadamente más de 6,000 lienzos— que a decir de los entendidos esconde un mensaje aun no descifrado: la clave para comprender Shambhala.

Los Guías extraterrestres, ante nuestra consulta, dijeron sobre ello:

“Tal como han venido intuyendo e investigando, la obra de Roerich encierra códigos ocultos que aportan pistas e importante información sobre la verdadera identidad de “Shambhala”; sus caminos y pruebas; sus guardianes y sus tesoros milenarios. La denominada “Piedra de Chintamani” es una prueba, y constituye sólo una parte del rompecabezas que están empezando a armar. Sigán con vuestro estudio de las pinturas. Cuando lleguen a Gobi todo ello les

servirá. Y entonces, una vez allí, verán todo con claridad, y estarán listos a recibir lo pactado". Oxalca, Antarel y Sampiac. Uruguay, marzo 2007.

En las semanas previas al viaje, todo el grupo sin excepción estudió las pinturas del explorador ruso, especialmente aquellas que habían sido realizadas en sus viajes a la India, Tibet, los Himalayas, Gobi y la cadena del Altai, donde tuvo el célebre avistamiento de un ovni al lado de los lamas. "*Es un signo de Shambhala*", le dijeron en aquel entonces los monjes.

Y estudiando su obra, vemos que existen poderosas referencias a la legendaria piedra, Orión, e inclusive la existencia de una puerta de luz.



Por ejemplo, en "*Burning of Darkness*" (1924) Nicholas Roerich muestra a siete personas siguiendo a un Maestro con barba corta, que lleva entre sus manos un pequeño cofre, brillante, por cuanto en su interior estaría latiendo la "Piedra de Orión". Para que no quede duda de su procedencia, Roerich pintó la constelación de Orión sobre la escena que parece transcurrir en lo alto de las montañas, como si el grupo estuviera saliendo de algún lugar; quizá, de una caverna. Y de esto se

puede aventurar una interpretación: la piedra —o lo que representa— no entra en esta oportunidad a los Retiros Interiores, sino que sale al exterior.

Nuestro estudio, al igual que muchos otros que se han llevado a cabo por distintos investigadores de la obra de Roerich, terminó asociando la piedra de Chintamani con el perdido Santo Grial, que en la versión de *Wolfram Von Eschenbach* —el trovador alemán que escribió el poema épico “Parsifal” en el Siglo XIII— no es otra cosa que una esmeralda que “cayó del cielo” luego de una guerra de ángeles. Al llegar a la Tierra, aquella piedra celeste habría sido tallada como una copa de boca pentagonal, sospechosamente similar a una de las descripciones de la “Diosa Umiña”, la esmeralda perdida de los Incas que otrora poseyó el Inca Huayna Cápac en el Ecuador. Sin duda una historia fascinante. Pero con muchos elementos que invitan a pensar en que esa piedra existe. De hecho, estos últimos años fuimos viviendo una serie de experiencias que señalaban la historia cósmica de ese objeto. No obstante aún teníamos piezas sueltas en el rompecabezas, y todo parecía indicar que Gobi pondría las cosas en su sitio.

En otra pintura de Roerich, “*Most Sacred*”, realizada en 1933, el artista parece haber pretendido inmortalizar una ceremonia de los Maestros intraterrestres en torno a una copa sagrada que esgrime un fuego sobrenatural, luciendo como una “antorcha”. Nos hallamos ante una de las frecuentes alusiones a la piedra de Chintamani. La pintura, ubica la “reunión” en el mundo subterráneo, al lado de grandes cristales.



Por si todo esto fuera poco, Carina halló una de las pinturas que más nos emocionó, llamada “El Milagro”, en donde Nicholas Roerich pinta a siete peregrinos de túnicas blancas postrados ante lo que parece ser una puerta de luz, un arco de energía que se halla al otro lado de un puente, con todo el mensaje que ello involucra.



Con sólo observar estos lienzos, comprendimos las claves del viaje a Gobi. Hilando las pinturas por fechas, dónde fueron pintadas, y los sugestivos títulos que eligió el artista, hallamos un verdadero libro sobre el contacto con los Maestros de Shambhala. Los Guías extraterrestres estaban en lo cierto: nos encontrábamos frente a una suerte de “código” secreto, o “pistas”, si las podemos denominar así, que dejó *ex profeso* Nicholas Roerich para que alguien descubra el verdadero significado de sus viajes a Asia. Una conclusión que, dicho sea de paso, también comparte Daniel Entin, Director del Roerich Museum de New York.

La tarde ya terminaba y a lo lejos veíamos las luces de la pequeña ciudad de Saynshand. Nos encontrábamos ya en el desierto de Gobi. Pero aun nos restaba completar un tramo importante a bordo de las 4 x 4. El viaje recién estaba empezando.

EL DESIERTO DE GOBI

Lentamente fuimos bajando del tren con las pesadas mochilas auestas. El equipo de camping apenas estuvo unos instantes apilado en un lado de la Estación de Saynshand, ya que dos jóvenes mongoles aparecieron de improviso para ayudarnos a trasladar el equipaje a los vehículos. La noche ya caía y los conductores deseaban estar en ruta hacia el monasterio de los lamas lo más pronto posible.

Los pasajeros aun seguían bajando del tren cuando Carina nos puso al tanto de un brillante objeto dorado en el cielo, que, sin emitir ruido alguno, se movió horizontalmente frente a nosotros —paseándose a sus anchas ante la presencia de toda la gente allí— hasta perderse al otro lado de la Estación. El avistamiento fue bellissimo en pleno atardecer, un contraste en medio del caos que significaba el descenso de todos los pasajeros con sus cosas.

Los Guías hacían su primera aparición en clara señal de apoyo. Además, el objeto se había dirigido hacia la ruta que en breves minutos tomaríamos para internarnos en el desierto.

Entonces constatamos que las famosas 4 x 4, en realidad, eran dos viejas combis soviéticas, más parecidas a un tanque que a otra cosa, pero afortunadamente con la prometida doble tracción. No nos podemos quejar, pues tuvimos dos avezados conductores que sabían cómo lidiar con el camino afirmado en medio de estepas y dunas de arena.

—Yo hace rato hubiera volteado el vehículo —confesó Nimer, al ver la pericia de los mongoles para vencer los caminos del Gobi.

Esa noche, no llegamos al monasterio. Dormimos en un campamento de gers, aquellas típicas tiendas circulares de Mongolia que emplean los nómades para vivir mientras están pastando el ganado. Se pueden armar y desarmar completamente, y algunas de ellas tienen la particularidad de poder ser trasladadas en una especie de carreta tirada por caballos. Así, cuando llega el duro invierno —unos 40 grados bajo cero— los mongoles van en busca de lugares menos vulnerables al frío, la nieve y el viento.



El Desierto de Gobi es un lugar fascinante. Posee un silencio que hechiza. Su espíritu es acogedor, pero misterioso. Este paraje enigmático está flanqueado por las sagradas montañas del Altai —tan amadas por Roerich—, por las numerosas estepas del norte mongol, la meseta del Tíbet en el suroeste, y la planicie del norte de China. La palabra *gobi* significa “desierto”, y sin duda le hace honor a su nombre. Ocupa el 30% de Mongolia. Es, de hecho, uno de los más grandes desiertos del mundo.

La noche lucía llena de estrellas. No hacía frío. Y los gers le daban un toque mágico al paisaje nocturno que nos brindaba el antiguo desierto de Shamo.

En uno de los gers más amplios, destinado para compartir la comida, hallamos a una familia mongola que estaba celebrando algo; al parecer, los logros del hijo mayor. Los cantos y solemnidad de la ceremonia familiar nos conmovieron, sobretodo la forma como se dirigía el padre al hijo. A pesar que no entendíamos ni una sola palabra, sentíamos que aquel hombre estaba orgulloso de su vástago. Entonces Cuckie nos recordó que Ivan Salas, de los grupos de Lima, había tenido una visión de nuestro viaje en donde se mostraba una fiesta o ceremonia cuando llegábamos al desierto. Un detalle curioso.

Un nuevo avistamiento, cruzando el cielo sobre nuestra ubicación, sería el cierre de la jornada en el campamento de gers. El grupo se instaló en dos de estas cómodas tiendas de fieltro, y conciliamos el sueño pensando en el Monasterio de los lamas que conoceríamos al día siguiente.

EL MONASTERIO DE KHAMAR

Temprano por la mañana, salimos en los dos “tanques” camino al monasterio. Seguimos internándonos en el desierto a través de un camino afirmado, que en muchos sectores serpenteaba obligando a los vehículos levantar densas estelas de polvo. Era el 6 de agosto.

Así, en un trayecto breve, alcanzamos el monasterio de Khamar, un templo que fuera fundado en 1820 por el legendario *Danzan Rabjaa*.



Y teníamos una nueva compañía: *Oron Dol*, un silencioso lama que se había formado en aquel templo, y que amablemente se ofreció en acompañarnos durante toda nuestra estadía en el desierto.

Realmente resultaba impresionante ver erguido este complejo budista en medio de la nada, cobijando tan sólo a un pequeño grupo de monjes que se mantienen en oración la mayor parte del tiempo.

Hicimos un breve recorrido del lugar, pero sin entrar en ninguna de las edificaciones. Sólo apreciamos la figura central de Buda —que parece proteger y bendecir los dos templos que le flanquean— y divisamos las primeras stupas. Algunas pocas personas, visitantes budistas en su mayoría, caminaban en silencio en dirección a uno de los templos para hacer sus ofrendas y orar. El silencio y la paz de Khamar penetraban el alma.

Pero esa noche no teníamos planeado quedarnos en el monasterio. Primero iríamos a las dunas de arena, una zona especial del Dornogobi en donde Oron Dol afirmaba se “reunían” los espíritus de los ancestros y los guardianes de Shambhala. A través de Sana, el lama nos decía que en esas dunas había un oasis especial, que posee 108 nacimientos de agua, como las cuentas del *mala* o “rosario budista”. Obviamente, el número no era un accidente, pues es la cifra sagrada del budismo, y por lo tanto, una “señal” para los lamas de que aquel lugar era importante.

—¿Qué ocurre allí, exactamente? —preguntamos al lama a través de Sana.

—Dice que en ese lugar se reúnen los espíritus de Shambhala. Que una persona sensible los puede percibir. Dice que es un lugar que prepara y purifica al peregrino para ingresar más tarde en la puerta —tradujo nuestra acompañante.

Oron Dol se refería a la puerta de luz o centro de poder que los lamas del monasterio protegen desde que Danzan Rabjaa la encontrara en el Siglo XIX. Desde entonces, se ha mantenido la custodia de aquel lugar, que en más de una ocasión se vio amenazado, como cuando el régimen comunista de la Unión Soviética destruyó las stupas que rodeaban el “área sagrada”.

Confieso que nos tentaba ir de una vez a ese lugar, distante a sólo 3 km. del monasterio. Pero ya tendríamos la oportunidad, así que tomamos todo con calma. Ahora sentíamos trasladarnos a las dunas. Oron Dol vendría con nosotros.

Una singular experiencia nos aguardaba.

UN OASIS EN EL DESIERTO

Los vehículos se mezclaron nuevamente con el polvo del desierto. Esta vez, recorreríamos más de 100 Km., moviéndonos a través de un terreno irregular, con elevaciones y cortes, con planicies de soleadas arenas y agudas rocas a ambos extremos del camino. Un camino que, a decir verdad, no era otra cosa que una huella afirmada por las camionetas que esporádicamente transitan allí. En el invierno, todo este paisaje queda oculto bajo hielo.

Mucha gente imagina el Gobi como un mar de arena y dunas interminables. Pero la verdad es que el desierto involucra inmensas zonas de estepas, terrenos rocosos y hasta grandes elevaciones montañosas. Las dunas, sólo ocupan el 3%.

Luego de unas dos horas, en donde brincamos cual pelotas de hule a bordo de nuestros "tanques" rusos, hallamos el oasis. Un contraste bellísimo al ver aquel manto verde en medio de grandes dunas de arena que parecían haber sido sacadas de una postal. Allí decidimos estacionar los coches y armar el campamento.



No esperamos mucho para explorar la zona. Nos sentíamos como unos niños caminando en medio de las dunas y disfrutando su paisaje. El lugar, más allá de su belleza física, expresaba algo entre líneas. Era sin dudas un enclave mágico. No pocos tuvimos la impresión de que algo extraordinario podría suceder allí. Elvis fue el primero en notarlo y sugirió trabajar en lo alto de las dunas pues la energía allí concentrada era más que evidente.

Luego de caminar a nuestras anchas por la arena, descendimos desde las dunas en dirección al campamento. El sol era implacable y estaba pegando fuerte. Y el oasis, debo decirlo, no era de aquellos de película donde uno ve frondosos árboles y grandes pozos de agua, sino que se limitaba a una vasta alfombra verde que servía de poco y nada para aliviar el calor. Hasta los conductores hacían hoyos en el suelo debajo de los vehículos para huir de aquellos rayos que quemaban la piel sin compasión. Nosotros los imitamos a medias, colocándonos a un lado de los “tanques” para capturar la estrecha franja de sombra que conspiraba a favor nuestro.

Oron Dol se acomodó con nosotros, y aprovechamos la coyuntura para bombardear de preguntas al lama.

—¿Hace cuánto tiempo que es lama? —preguntamos a través de Sana.

—Se inició como Lama hace más de 16 años —se apuró en traducir nuestra amiga mongola.

—¿Y qué nos puede decir de aquella “puerta”? ¿Es textualmente un lugar desde donde se puede llegar o acceder a Shambhala, de acuerdo a sus creencias?

—Es una puerta —respondió tranquilo el joven Lama—, pero de naturaleza espiritual. Siempre estuvo allí, pero sólo supimos de su existencia luego que Danzan Rabjaa la encontrara durante su retiro de meditación.

—Desde luego, no es la única entrada que conocen —añadimos.

—Hay diversas entradas —contestó—, algunas físicas, y otras espirituales. Sabemos de accesos en la India y Tibet. En el Gobi, la puerta que se halla cerca al monasterio es una de las más importantes en Mongolia, pues prueba a los visitantes.

—¿Cómo es eso? —replicamos—. ¿Cómo se puede penetrar en aquel portal?

El lama atendió atentamente la traducción de nuestra pregunta en su lengua natal, y sin contrariarse, respondió:

—Existen dos formas para conectar con la puerta. Una es a través de un estado muy alto de sensibilidad. Tiene que ser una persona muy preparada, con gran control de sí misma a través de la meditación. La otra vía es que la propia puerta se abra y “escoja” al visitante. Pero eso no ocurre con todos. Sólo con aquellos que han sido predestinados. La Puerta “muestra” cosas, y uno debe tener una mente muy firme para asimilar esa experiencia.

—¿Hay alguna práctica en particular que ustedes empleen para conectarse con la Puerta y como consecuencia con Shambhala?

—Cuando nosotros meditamos, aparece en nuestra mente la figura de unos ojos que todo lo miran. Utilizamos ese símbolo para conectarnos con los Señores de Shambhala.

—¿Y este lugar qué conexión tiene con la Puerta? —consultamos.

—Poderosas líneas de fuerza se juntan aquí —afirmó—. Por ello la existencia del oasis en medio del desierto. Es el lugar de reunión de los espíritus de nuestros ancestros. Aquí se manifiestan los Señores de Shambhala. El lugar está conectado por esas mismas líneas de fuerza con la Puerta, pero este es sólo el preámbulo; la energía es aún más poderosa en el lugar que conocerán en breve cerca del monasterio.



Luego nos enteramos —a través de Sana— que Oron Dol además de ser un Lama formado en el monasterio del desierto, había dedicado buena parte de su vida espiritual al estudio del *Kalachakra*, la ancestral doctrina budista de “La Rueda del Tiempo”, que según la tradición fue enseñada desde Shambhala. Por mecanismos del destino, teníamos a la persona correcta como “asesor” de nuestro viaje. Recordamos entonces el mensaje de Sixto recibido en Chilca, y que hablaba de dos personas locales que jugarían un papel importante en el desarrollo de los viajes. Oron Dol, era sin duda uno de estos “mensajeros”. El segundo personaje, aparecería más adelante.

Una vez que los rayos del sol menguaron con el arribo de la tarde, subimos a las dunas y nos instalamos allí, con los bancos y todo para meditar y trabajar en el lugar.

Ni bien hicimos la práctica de protección y armonización, se dejó sentir un sutil viento que estaba intensamente cargado de “algo” sobrenatural. Todos lo sentimos. Pero nadie se animó a comentar nada, pues estábamos a punto de iniciar la meditación.

En medio de nuestro silencio, con los rayos ahora tibios del sol, y una sutil brisa que llegaba y movía lentamente nuestros cabellos, fuimos alcanzando un extraordinario nivel de conexión con nosotros mismos y el lugar, que parecía estar “comunicándose”.

La presencia de los Guías extraterrestres y Maestros de la Hermandad Blanca no se dejó esperar. Así, de un momento a otro, se recibieron dos mensajes en simultáneo:

Mensaje recibido por Elvis Martínez.

Sí, Antarel con vosotros.

Confíen y no teman, como anteriormente les habíamos dicho. Todo ha sido dado y todo está previsto, ya lo entenderán.

Esta noche les daremos una señal, un aviso, y sentirán desde su interior hacia dónde irá todo. Les aguardan sorpresas que requieren de mucha entrega y sobre todo de mucha confianza de ustedes hacia nosotros. Los amamos y pronto estaremos con ustedes. Antarel

Mensaje recibido por Ricardo González.

Sí, sus Guías en Misión:

Hermanos, grande es la felicidad que han generado en nosotros y los Maestros al llegar aquí. Desde hace mucho hemos aguardado este momento. Con su sola presencia, poderosas energías se han despertado y están concentrándose en el lugar que conecta con el corazón del corazón. Paititi y Gobi funcionan como un cristal. En esencia conservan el mismo espíritu y naturaleza. Será cuando comprendan que vuestra alma puede vivir profundas y trascendentales experiencias más allá del vehículo físico. Está llegando una nueva etapa para vuestra humanidad en donde el manejo conciente de las energías y la conexión espiritual con el flujo creativo de Universo marcarán el devenir del hombre del futuro.

En un principio, nuestros acercamientos tuvieron que ser muy próximos a vuestro plano de desenvolvimiento y comprensión. Mas ahora es tiempo de que ustedes se aproximen a otras realidades y consoliden un puente. Nosotros estamos aquí. Ya pudieron constatar nuestra presencia. Les observamos desde cerca. Pero serán los Maestros quienes les brindarán la clave y la respuesta.

Han dado un primer gran paso. Sólo sigan vuestra intuición y ella les llevará. Les dirá qué hacer. Les marcará los momentos e incluso les protegerá. La Fuerza que disponen y representan simbólicamente sellará un proceso. Por ello abran vuestros ojos más allá de lo evidente y lo podrán ver. No se exijan demasiado, pues las cosas que hacen pensando y planificando son lo menos importante. Lo que lleven a cabo sintiendo, podría abrir la Puerta.

Con amor, Oxalc

Nordac, mi lugar está en Paititi. Pero también estoy aquí, atendiendo cada paso hacia la consecución de los siete sellos. Es llegado el momento de la apertura del Libro, de vuestra verdadera historia. Lo saben. Lo han sentido. Lo han interpretado.

Cuando lleguen al lugar marcado, vivirán una experiencia especial, todos ustedes. Pero será diferente para cada uno ya que encierran procesos distintos. Así fue dispuesto para que puedan unir siete eslabones de una cadena, un camino, que conduce a la etapa más profunda del contacto con nosotros. Dispongan pues vuestra alma para ser llevada allí, donde moran las respuestas, donde la mente duda y el corazón late a mil. Donde el tiempo no existe, y la música de la Tierra puede ser escuchada.

Todo lo que vivirán, será una prueba. Bienvenidos al desierto de Gobi.

Alcir.

Ni bien terminé de recibir la psicografía, se desató un viento impresionante, tan intenso que empezó a levantar la arena de las dunas con una fuerza extraordinaria. Tuvimos que salir de allí, pues aquello era insostenible. Lo más inquietante, es que percibimos nuevamente —y sin duda con mayor claridad— una “presencia inteligente” en esa manifestación. No sentimos en ningún momento miedo. Pero si quedamos atónitos al ver cómo en un abrir y cerrar de ojos cambió diametralmente el clima.

El cielo se cubrió de nubes. Y el viento, lejos de apagarse, aumentaba su fuerza y ya se dejaba sentir en el campamento. La arena seguía volando. Y entonces se escucharon los primeros truenos. Todo se empezó a oscurecer. Muy rápido. Y los conductores no pudieron disimular su impresión: estaban asustados. Aterrorizados, me atrevería a decir.

En medio de esta escena, Oron Dol subió a las dunas, que seguían vomitando arena producto del fuerte viento. Se paró a duras penas en medio del soplido, y empezó arrojar alcohol en diferentes direcciones, como si estuviera llevando a cabo un ritual de respeto para con “aquello” que se había desatado. ¿Pero, qué estaba pasando?

No tuvimos oportunidad de averiguarlo. Acto seguido, tal como temíamos, Sana nos informó que los conductores deseaban salir cuanto antes de allí, y volver al monasterio.

Le dijimos que no.

—¡Pero está por estallar una tormenta, ello no es habitual aquí! —replicaba Sana.

Entonces, a los lejos, espectaculares rayos empezaron a caer, y no era difícil pronosticar que esa tormenta eléctrica venía derecho a nosotros. El viento así nos lo indicaba.

—Sana, nos quedamos aquí —repose, interpretando en todo esto una prueba.

Personalmente, esperaba a que todo se calmara. Pero me equivoqué. Y mucho. La tormenta empeoró y se abalanzó con todo sobre el campamento. Ello nos obligó a replantear las cosas en el grupo. Si todo se inundaba, podríamos quedar atrapados en medio de la nada por días. Y no exagero. Además de que las tormentas en el Gobi no son frecuentes, cuando estas ocurren, se desatan con mucha fuerza. Y la gente en Mongolia las teme. El suelo no absorbe bien la

humedad, y ello podría empantanar los caminos a una escala que ni la más recia de las 4 x 4 podría superar. Los conductores que nos acompañaban lo sabían muy bien.

Entonces Isabel se me acercó, y me hizo ver que habíamos hecho todo lo posible por quedarnos y trabajar, pero la situación ya se tornaba peligrosa y teníamos que salir de allí. Todo el grupo finalmente estuvo de acuerdo. Prevalció ante todo el sentido común. Así, en tiempo récord, se levantó el campamento sin más remedio y salimos del oasis.

Llovía copiosamente. Y por momentos el agua nos alcanzaba con toda su fuerza y dificultaba el camino. Ya había caído la noche y ello empezaba a complicar el panorama. Afortunadamente, los conductores no perdieron la huella y, a pesar de que en dos ocasiones se estropearon los vehículos —les entraba agua por todos lados— lograron ponernos en ruta.

He vivido tormentas de todos los gustos en diferentes regiones del mundo, incluyendo la selva amazónica en repetidas ocasiones. Pero ninguna como ésta por la brutal actividad eléctrica —que se ha cobrado la vida de numerosos pastores nómades y su ganado—. Por recomendación de Sana, apagamos sin pensarlo mucho todo aparato electrónico, salvo los instrumentos indispensables de navegación de los “tanques”.

Finalmente, dejamos atrás la tormenta.

Cuando llegamos al monasterio, serenos y hasta con buen humor luego de tremenda experiencia, notamos que el Lama no dejaba de mirarnos. Estaba sorprendido por nuestra tranquilidad.

Al día siguiente, sabríamos lo que realmente había pasado en las dunas, y la importancia de ello. Oron Dol, desde luego, ya lo sabía.

Esa noche dormimos en un hospedaje que se construyó para los peregrinos frente al Monasterio. Era una edificación hecha en cemento, pero sin luz, baño ni agua. Para nosotros era un regalo.

La sensación de que “algo” nos observaba era poderosa. La misma sensación que tuvimos cuando subimos a las dunas de arena.

LOS SEÑORES DE SHAMBHALA

El amanecer en el desierto de Gobi es bellissimo. Más aún cuando el paisaje está adornado de un templo budista y diferentes stupas a su alrededor, tan blancas como la nieve, y que resaltaban en un cielo azul que parecía haber sido pintado por el artista más inspirado. El viento, rápidamente, despejaba las nubes de la lluvia de la noche anterior. Y el intenso calor, una vez más, se hacía presente, haciendo agotar más allá de lo previsto nuestra reserva de agua.

Cerca de las 10:00 a.m. nos encaminamos al monasterio, y como siempre con la compañía de Oron Dol, que ahora se mostraba más cercano y amigo con nosotros.

Visitamos primero el templo de los monjes budistas de gorros amarillos. Aprovechamos la oportunidad para meditar en él, dado el profundo ambiente de oración y espiritualidad que se respiraba. Diversos visitantes budistas, que se habían “pegado el viaje” hasta allí, se acercaban al altar y dejaban sus ofrendas. Luego regresarían a su pueblos de origen.

Los mantrans y el penetrante incienso, contribuían a darle ese marco de misticismo al lugar, que embriaga desde el marco mismo de la puerta. Curiosamente, el templo de los monjes de gorros rojos, que se hallaba al otro lado, se encontraba cerrado. Nadie entraba allí en ese momento. Entonces, luego de concluir nuestra meditación, Oron Dol nos pidió que le siguiéramos al templo rojo, donde años atrás él se había iniciado como lama. Le acompañamos, y vimos que el lama Dush —el monje de mayor autoridad en todo el lugar— venía con él. Fue aquel anciano quien sacó unas pesadas llaves de su túnica para abrir la crujiente puerta de madera. Sin titubear, entramos.

La energía que impregnaba aquel templo era diferente. Su atmósfera de espiritualidad y misticismo, más contagiante que el recinto anterior, penetraba con la magia de su sencillez. En lo alto de sus paredes interiores, llenas de telas de colores intensos y figuras de carácter religioso, colgaban diversos cuadros con la imagen de distintos personajes, que parecían bendecir y proteger el lugar.

—Son las 33 encarnaciones que tuvo el alma de Danzan Rabjaa en Mongolia —se apresuró en explicarnos Oron Dol.



El anciano lama que se había sumado para visitar este templo nos miraba en silencio. No perdimos mucho tiempo. Aprovechando la presencia de Sana, entablamos diálogo con el líder de Khamar.

—¿Qué opina de la lluvia de ayer? —lanzamos sin rodeos la pregunta más predecible de todas—. ¿Es probable que encierre un mensaje más allá de una manifestación natural?

—Tiene su mensaje, ciertamente —dijo el anciano lama a través de nuestra traductora—. Aquí en Mongolia, gente buena, hace llover.

Entonces Sana nos comentó que la lluvia había sido recibida con alegría en la región, pues hacía tres años que ello no sucedía...

—¿Qué sintieron ustedes en la dunas cuando se desató el viento? —intervino Oron Dol.

—Que había algo “inteligente” en él. Una presencia —respondimos, todavía sorprendidos.

—Eran los Señores de Shambhala —nos dijo sonriente nuestro lama amigo.

—Y ustedes, porque han venido de tan lejos aquí —repuso el lama anciano, sin darnos mayor tiempo para procesar la revelación de lo que pasó en la dunas.

Entonces, a través de Sana, expusimos con apertura que habíamos viajado al desierto de Gobi por invitación de los Maestros. Que en nuestros países también habían “puertas” y lugares de poder vinculados a Shambhala, pero que era necesario este viaje a Mongolia para cerrar un proceso, puesto que todo el camino que habíamos estado siguiendo empezó de alguna u otra forma en esta región del mundo.

Los lamas intercambiaban miradas mientras Sana traducía.

Luego, el más anciano nos miró fijamente a los ojos, y nos preguntó:

—¿Ustedes, han visto físicamente a los Maestros?

—Sí, los hemos visto —respondí de inmediato.

—¿Dónde? ¿Cómo lucen? ¿Qué les dijeron? —interrogó el lama anciano.

El diálogo se extendió, y esta vez era el experimentado lama quien preguntaba. Fue imprevista —e impresionante— la plática que se inició. Aquel monje sabía lo que hacía, pues nos estaba poniendo a prueba con todas sus preguntas.

Se dirigió a mí y llegó a preguntarme cosas como cuál había sido el principal mensaje que recibimos de los Maestros; si tuvimos miedo en las experiencias de contacto; si extrañábamos a aquellos seres cuando les dejábamos de ver; si habíamos experimentado algún cambio físico o psíquico luego de las experiencias. Y amén de otras consultas.

Pacientemente, como si se tratara de un diálogo entre el discípulo y el Maestro, contestamos todas sus preguntas. Entonces, al final, el anciano lama nos dijo:

—Están en el camino correcto.

Nos emocionó escuchar ello de los labios del anciano. Pero aún no nos reponíamos del enorme interés que los lamas habían puesto en nuestras experiencias. También nos resultaba extraordinario que aquel viento que irrumpió en las dunas anunciando la tormenta, fuera una manifestación de los “Señores de Shambhala”. Como si nuestra presencia allí hubiera activado “algo” para desencadenar la fuerza de la naturaleza. O lo que haya sido.

—Vivirán una experiencia importante cuando vayan a la Puerta —añadió el anciano lama.

—¿Qué sucede allí? ¿Por qué ese lugar es tan especial para ustedes?— inquirimos.

—La puerta reacciona diferente ante los visitantes —respondió—. Algunas personas experimentan náuseas y dolor de cabeza; vomitan, tienen visiones y se estropean sus cámaras digitales y otros elementos electrónicos. Otras personas, no sienten absolutamente nada allí. Es que la Puerta escoge. Elige. Aunque si desarrollan sus facultades espirituales, como lo hizo Danzan Rabjaa, podrían entrar en ella sin mayor problema, y conectarse con Shambhala.

Nuevamente Danzan Rabjaa emergía misterioso. Su nombre era evocado por los Lamas cada vez que se hablaba de la Puerta. Un lugar que algunos visitantes budistas creen que es sólo un símbolo ritual, cuando en realidad aquella zona del desierto esconde un poderoso vortex o “singularidad”. En los grupos de contacto hemos empleado diferentes términos para describir estos fenómenos por su naturaleza, como el caso de los *xendras* —umbrales generados artificialmente por los Guías extraterrestres—, *exones* —umbrales generados por la Hermandad Blanca sobre la base de la malla energética del planeta—, fractales, centros de luz, en fin, un verdadero universo mágico esperando ser cruzado.



Danzan Rabjaa, en sus largas jornadas de meditación en el desierto de Gobi, “halló” la Puerta. O quizá, la Puerta le halló a él. Este importante lama, para muchos el santo más amado en Mongolia, nació en el seno de una familia muy pobre en medio del desierto. Era el año 1803. Y desde pequeño mostró amplias cualidades para el aprendizaje. Fue músico, poeta, escritor, y autor de diversas obras de teatro. Dominó varios idiomas y estudió todos los textos sagrados del budismo desde que aprendió a leer. Se dice, que pronto desarrolló poderes extraordinarios, como el arte de leer la mente, mover objetos a distancia, y curar enfermos. Todas estas habilidades, presuntamente, fueron amplificadas luego de que el monje “descubriera” la Puerta. Su fama se extendió tanto, que muchos le siguieron, y otros procuraron su muerte. Incluso, desde que era tan sólo un niño, pues se rumoreaba que era la reencarnación de un espíritu muy elevado.

En 1820, Danzan Rabjaa fundó el Monasterio. Y 10 años más tarde estableció allí el primer teatro de Mongolia. En pleno desierto.

El lama, no hizo distinciones entre el hombre y la mujer; ambos podían compartir su trabajo espiritual y tareas cotidianas. Para que se tenga idea de la importancia de todo esto, aquel lugar apartado en el desierto de Gobi fue el único centro budista del Siglo XIX donde la mujer y el hombre tenían los mismos derechos.

En 1853, el amado monje reunió a sus discípulos en el mismo templo que ahora visitábamos, y les anunció que les dejaría en tres años, y que se tenían que preparar para caminar solos. La profecía, exacta, se cumplió en 1856, cuando Danzan Rabjaa fue envenenado por los Manchúes.

Salimos del templo de gorros rojos con una energía especial. Vibrando desde dentro con la historia de Danzan Rabjaa y la Puerta que conecta a Shambhala. El lama anciano, por si todo ello fuera poco, compartió con nosotros un mantran poderoso, que nos permitió grabar para aprenderlo y practicarlo en nuestras reuniones. Sin duda el lama Dush fue el segundo personaje importante. Los mensajes se seguían cumpliendo con exactitud.

El broche de oro se dio cuando los lamas nos dejaron meditar a solas en su amado templo, al punto de brindarnos sus almohadones para sentarnos y trabajar cómodamente. Era sumamente inusual. Hasta Sana se sorprendió.

Luego de nuestra meditación salimos renovados. Todo lo que vivimos allí fue intenso y por demás significativo. Veíamos todo con mayor claridad. No se traducía en palabras lo que alcanzamos en el templo de los gorros rojos. Por ello no lo podemos describir. Sólo tenemos la certeza de que aquello nos preparó para lo que viviríamos después.

Esa misma noche, los Señores de Shambhala se empezaban a comunicar directamente.

LA ÚLTIMA CAMPANA DEL ANRRROM

Luego de la invaluable reunión con los lamas en el templo, nos preparamos para conocer el punto donde descansa la Puerta. Las stupas, cual vigilantes silenciosas, nos marcaron el camino, que se aleja del monasterio hacia el norte sorteando las irregularidades del terreno. Así, luego de recorrer aquel sendero, llegamos a un lugar sorprendente. Impensable de hallar algo así en medio del desierto.



La zona sagrada, donde otrora Danzan Rabjaa había hallado el umbral dimensional a Shambhala, estaba “cercada” por numerosas stupas. Un pequeño templete daba la bienvenida, y mostraba los denominados “Ojos de Buda”, la ancestral figura religiosa que “todo lo ve” y que emplean los lamas del Monasterio de Khamar para conectarse con la ciudad invisible. Debo decir que ese lugar nos cortó la respiración. De sólo verlo, sentíamos que habíamos dado un paso muy grande en representación de todos. ¿Cuánta gente en occidente ignora la existencia de este centro de poder en el Gobi? —pensábamos—. Tal vez, así tenía que ser. Al menos hasta estos tiempos.

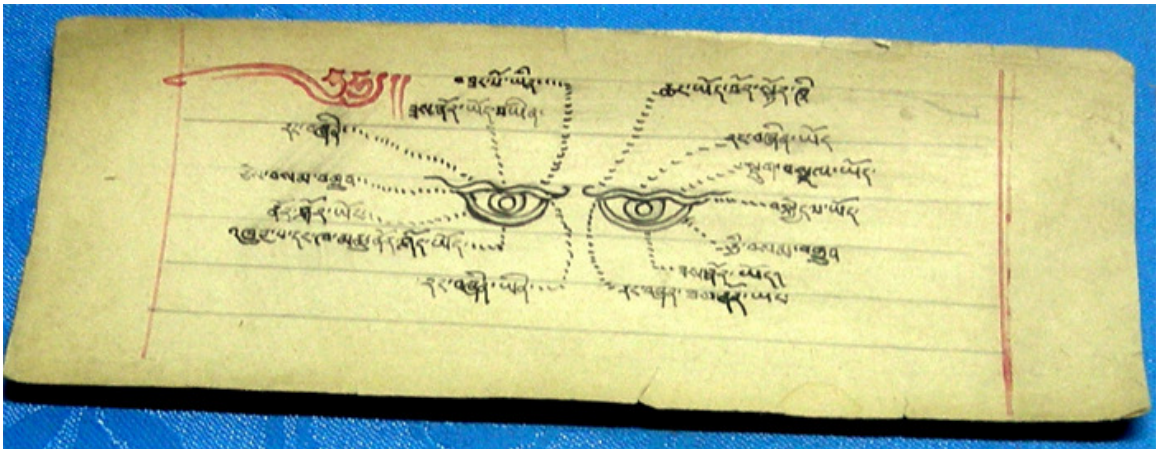
Sentimos no entrar aun en el área sagrada. Lo haríamos al día siguiente, 8 de agosto. Sólo meditamos en su entrada y proseguimos nuestra caminata hacia otro sector donde se halla un grupo de cavernas. En ellas, se cuenta, Danzan Rabjaa

permaneció meditando durante 108 días para alcanzar la iluminación. Ese momento del viaje también estuvo lleno de sorpresas, pues al trabajar al interior de las grutas más de uno accedió a probables encarnaciones en Mongolia.

Oron Dol, que se unió a nosotros para visitar las cavernas, nos comentó que la fama de Danzan Rabjaa había llegado hasta Japón, motivando a que un aguerrido Samurai emprendiera largo viaje al desierto sólo para conocerle. El encuentro se dio en la zona que estábamos visitando. Y tal fue el impacto que generó el monje y sus enseñanzas en el guerrero, que éste abandonó su espada porque el lama le había enseñado algo “más poderoso que el sable”.

La espada existe, y es mostrada al público en el humilde museo de Saynshand.

Ese mismo museo posee notas personales de Danzan Rabjaa, en donde el monje insiste en la importancia de la figura de los “Ojos de Buda” para conectar con la Puerta. Probablemente no sea el dibujo en sí, sino lo que representa: el despertar del ojo “espiritual” para ver más allá de lo físico. Ese sería el mensaje.



La vida del poeta y místico mongol nos recordaba la leyenda del Mapa de Paititi, en donde se afirmaba que *“El Poeta, tal vez, pueda abrir la Puerta, cerrada de antiguo del más purísimo amor”*. Una enseñanza que siempre se repetía, dondequiera que fuéramos.

Luego de las cavernas, exploramos un recodo donde había yacimientos fósiles de dinosaurios. Este lugar del desierto, por lo que veíamos, tenía de todo. Una zona realmente muy extraña. Qué curioso que el umbral a Shambhala se halle tan cerca de estas cavernas y de los restos de la antigua especie dominante del planeta, cuyo origen, como sabemos, está vinculado a Orión. Intuimos entonces

que todo esto no era fruto del azar. Y a tenor de este rompecabezas, parecía clara la conexión entre algunos episodios del Plan Cósmico y la fundación de la Hermandad Blanca en la Tierra. Desde que la Misión Rahma fuera activada en 1974 —analizábamos— con el transcurrir de los años se fueron clarificando sus objetivos. Entre los más importantes —y finales— se hallaba el encuentro con la Hermandad Blanca y la recepción del denominado “*Libro de los de las Vestiduras Blancas*”. Como era de esperarse, muchas interpretaciones se han ensayado sobre tan importantes pasos en nuestra experiencia de contacto. Pero no hay duda de que de alguna u otra forma todo ello se ha venido sembrando. Ahora bien, como recordamos, las primeras comunicaciones de los Guías extraterrestres mencionaban —casi de forma críptica, misteriosa— que la recepción definitiva de aquel “Libro” se daría “poco antes de que todo acontezca”. Y he aquí el punto: ¿De qué acontecimiento estábamos hablando? ¿Cuándo ocurriría? ¿Nuestras primeras interpretaciones fueron correctas? Un detalle importante es que aquellos primeros mensajes hablaban de un tiempo especial para nuestro mundo, una etapa de “Gran Claridad” que los Hermanos Mayores denominaban “*El Día del Anrrom*”, el momento principal en que se completaría la verdadera historia del planeta. Antes de que esto ocurra —reza los mensajes— se daría el retronar de la “*Décima Campana*”, un evento que “*anunciaría a los hombres su última gran prueba*”. E insisto: realmente, ¿qué significaba todo ello?



Cuando llegamos a lo alto de una loma, y hallamos una gran campana budista —que los monjes tocan tres veces antes de dirigirse a la Puerta para orar— recordamos aquellos primeros mensajes de la Misión. El símbolo de esa campana, que dominaba el amplio paisaje, nos conectó con las comunicaciones del Nuevo Tiempo. A Isabel se le ocurrió que podíamos pasar la noche allí. Y todos estuvimos de acuerdo, pues la hermosa vista del lugar, y el silencio que se respiraba, eran más que apropiados para nuestro trabajo.

Entonces fuimos a buscar nuestras bolsas de dormir y el abrigo para instalarnos bajo la gran pagoda que protegía la campana. Al atardecer estábamos listos, y retomamos el camino de las stupas en dirección a la loma.

Y nuevamente no estuvimos solos: fue un verdadero regalo la aparición de una nave —de intenso brillo dorado— frente a nosotros justo cuando empezábamos la caminata. Un avistamiento clarísimo. Y fue tan sólo el anticipo de un verdadero “ballet” de naves que nos acompañarían durante toda la noche.

Una vez que nos instalamos alrededor de la gran campana, retomamos nuestras meditaciones y aprovechamos la evidente presencia de los Guías extraterrestres para hacer algunas consultas. El lugar, cambió de pronto. Hasta se sentía un agradable olor a incienso. Pero no había ningún monje cerca que pudiese haberlo encendido. Y el monasterio estaba muy lejos. No teníamos duda de que nos hallábamos acompañados por “alguien”.

Las preguntas que reunimos, producto de todo lo que habíamos charlado anteriormente, fueron las siguientes:

1. ¿Cómo debemos orientar nuestro trabajo en la Puerta que conecta con Shambhala?
2. ¿Hay alguna experiencia programada con ustedes? (Los Guías).
3. ¿A qué se refieren con ser parte de la Hermandad Blanca para entrar en la Puerta?
4. ¿Nos pueden dar pautas de trabajos específicos para el “Giro del Tiempo”?
5. ¿Qué ocurrirá con la Misión luego de estos viajes?
6. ¿Consideran que ya se cumplieron los objetivos de la Misión?

Mensaje de Elvis Martínez

Sí, Oxalc.

Los tiempos serán cumplidos, ya lo saben, y se están preparando para ello. Con los avistamientos que han tenido no solo les indicamos nuestro apoyo y presencia, sino que también les mostramos nuestra conexión con ustedes. Fue hace más de 4,000 años que iniciamos un proceso que ya pronto termina. Ustedes los viajeros del tiempo serán los constructores y el enlace de unión entre el Cielo y la Tierra. Para nosotros, nuestra visita alude al Cielo, y la Hermandad Blanca representa la Tierra.

Fue hace mucho que estos seres decidieron venir, y cuando su tiempo terminó, decidieron esperar y quedarse por amor a ustedes y al plan. Esto ha causado que ya con los ciclos de tiempo que han pasado, ellos sean parte de ustedes, y ustedes parte de ellos. Pero ya es el tiempo en que se abrirán al mundo y todos los que se han conectado con ellos trabajarán orientando al resto con este propósito. La Misión no termina, ahora comienza.

Las experiencias no serán directas con nosotros por ahora, porque están aquí como invitados por ellos. A nosotros nos toca solamente ser testigos y apoyo. Pero sepan que el viaje no termina mañana. Al final celebraremos juntos lo que hemos esperado tanto. Bienvenidos mensajeros.

Con amor, Oxalc

Mensaje de Carina Marzullo

Si, estamos aquí, observándoles y apoyándoles en cada paso que han venido dando.

Shambhala vibra hoy por ustedes y los espera en el corazón. La conexión será en la coordenada correcta, entre las 20:00 y 22:00 h., y allí uno a uno entrará para vivir lo que a cada cual le está designado. Shambhala, amados, despierta una vez más por el esfuerzo que han hecho al llegar aquí. Sólo apréstense, déjense guiar, sientan con el corazón, déjenlo ser su guía y así hallarán la clave, la clave que necesitan para atravesar esta puerta que no se ve, pero que sí se siente.

El 8 del 8 la tierra vibrará y los 32 despertarán finalmente para dar su mensaje.

Luego de ello, siendo los nuevos seres que serán, volverán en la mañana del día 9 para sellar su tarea aquí. Así, con una nueva energía en ustedes y aprovechando la coordenada de la triangulación, aperturarán la nueva etapa del contacto en la tierra. Será momento para enviar luz al planeta desde el mismo lugar donde todo se inició. De esta forma su energía será multiplicada no solo por el lugar mismo, sino por todos los peregrinos que estarán en sus distintos puntos de salida, conectándose como en una gran red de luz.

Amados hermanos, el tiempo es ahora, y es ahora que les decimos que finalmente los eslabones de la cadena se han juntado y quedarán cerrados.

La nueva etapa que se inicia, como intuyen, será más espiritual. Una espiritualidad basada en el conocimiento. Es por eso que están aquí.

La determinación es vuestra. Seguiremos apoyándolos.

Con amor, Antarel, Oxalc y Sampiac.

Mientras se recibían las comunicaciones, las naves de los Guías no dejaban de sobrevolar el desierto. Incluso algunas de ellas rodeaban nuestra ubicación a distancia. Describían círculos. Otras se desplazaban en formación y algunas se cruzaron sobre la campana. El apoyo era tremendo. Y en esa instancia, aunque no esperaba recibir mensaje alguno, una extraña fuerza llegó a mí. Me llamó la atención por cuanto no identifiqué en ella la habitual energía de los Hermanos Mayores, o de los Maestros de la Hermandad Blanca que hemos conocido. Sentí mucha luz, y una paz muy honda. Ello me animó a tomar el cuaderno, y recibir el siguiente mensaje:

Mi nombre es Emuriel.

Hace tiempo ya, miles de años atrás, acorde a la forma en que ustedes miden los acontecimientos, llegamos a este planeta portando una misión. Una misión que no difiere mucho de la de ustedes.

Procurábamos proteger algo que consideramos sagrado, y al mismo tiempo sembrar la semilla de la luz que aprendimos y vivimos en nuestros mundos de origen en la Tierra. Fuimos enviados. Y desde aquel entonces nos hallamos observando al ser humano desde cerca, viendo en cada circunstancia de su vida pruebas y trascendentales desafíos; en suma, el significado de nuestra propia existencia.

Nuestra nave se halla bajo las altas montañas del Altai. Acondicionamos con nuestro conocimiento una serie de túneles que en buena parte ya existían antes de nuestro arribo. A través de ellos unimos diferentes centros que en una primera etapa funcionaron como depósitos de información. Luego, los túneles físicos fueron perdiendo importancia para nosotros, ya que en breve constatamos que el tesoro que protegíamos se había conectado automáticamente a las líneas de fuerza de este planeta, creando una verdadera red de conexión. Nuestro conocimiento previo sobre las energías del Universo y puertas dimensionales nos ayudó a orientar estas redes. Por tanto, cada Retiro Interior o centro de fuerza que conocieron se halla bajo las influencias de esos caminos sutiles.

No nos referimos exactamente a las propias energías de la Tierra, que trazan una geometría inteligente, sino que sobre la base de esta estructura energética se enlazaron diferentes puntos, accesos o “entradas” dimensionales que podrían conducirles hacia nosotros.

El Cristal es responsable de ello. Mas, luego del sendero que han recorrido todo este tiempo, como parte de un programa de contacto y ayuda al planeta, estos caminos de luz se sostendrán por sí solos.

Uno de los más poderosos se encuentra en este sector del desierto de Gobi. Es un acceso no físico, que permite ver, sentir y experimentar el significado de nuestra misión. La Puerta fue activada. Y se abre ante la vibración adecuada, aquella que une los Universos y sella los sentidos físicos. Es un umbral que se cruza con el alma.

Nosotros comprendimos que más allá de la tecnología y el conocimiento existen ciertos misterios en la naturaleza de nuestro propio espíritu que no se pueden explicar, sino sentir y dejar fluir. Durante mucho tiempo, procuramos develar el misterio de la Creación, interpretar y reconstruir cómo se plasmó todo ello en las distintas etapas del proceso. Y este empeñamiento nos hizo descuidar la verdadera esencia de las cosas. La ruta a seguir éramos nosotros mismos. Y en esa nueva aventura descubrimos que hay instancias que requieren apartar la curiosidad científica por la vivencia; la razón por el sentir.

La esencia de nuestra misión involucraba una estrategia de ayuda y soporte para el planeta. Anteriormente a ello fuimos científicos. Y estuvimos envueltos en importantes tensiones cósmicas. Y hoy nos sentimos parte de ustedes.

Nuestros cuerpos yacen dormidos por nuestra propia voluntad. Sin embargo, nuestra alma, la esencia de aquel misterio que procurábamos averiguar, se halla permanentemente conectada con la humanidad de este planeta.

En la Puerta, podrán llegar a nosotros, y entonces terminarán de comprender lo que fue, lo que es y lo que será.

Ser parte de esta misión es ser parte de la mente consciente que engendró e hizo posible este Universo. La Hermandad Blanca es sólo un reflejo de ese fluido. Un intento de llevar esa luz, de sembrarla y compartirla.

Están cumpliendo un proceso de contacto que ha sido perfectamente planeado. Cada instancia de vuestro viaje fue matemáticamente calculada. Y cada paso fue percibido por nosotros con una humana emoción.

Acontecimientos intensos sobrevendrán al planeta. Pero el hombre que vibre en el camino del 33, hará posible que las cosas se reorienten y no afecten el tránsito a la profecía. Al cumplimiento de todo.

¿Cómo prepararse? Todos estos años fueron la preparación. Por ello están aquí, en representación de muchas almas, lugares, momentos y energías. Es llegado el momento de la acción. Y para volar, deben salir de la crisálida. Deben terminar de transformarse para acelerar la transformación de otros. Lo demás, se dará naturalmente. Entonces el conocimiento que custodiamos podrá ser entregado en su totalidad, pero no para ser "leído", sino para ser vivido y realizado.

El proceso se cierra, y se apertura otro para todo aquel que crea en él, que viva en él, y que comprenda su misión. Nosotros llegamos aquí seguros de ello. Y ustedes alcanzaron este lugar partiendo de las mismas convicciones. Por esta razón les hablamos ahora. Para decirles que hecho está.

Les aguardamos,

Emuriel

La energía fue tan tremenda que mi cuerpo quedó temblando. Todo había sido muy claro y contundente. Además, durante la experiencia del mensaje, tuve una visión en donde observé al grupo ingresar, uno por uno, al área sagrada de la Puerta, y luego, todos juntos, afrontando una intensa conexión con los “Señores de Shambhala”. Esa parte no la podía retener muy bien. Pero sabía que era un anticipo de lo que nos reservaba la noche siguiente.

Emuriel sería uno de los 32 seres extraterrestres que hace miles de años llegaron a la Tierra para fundar Shambhala. Desde su ubicación en aquella nave que los trajo a nuestro mundo, oculta actualmente en algún lugar de las montañas del Altai —algo que hasta ese momento no sabíamos— el mensajero de las estrellas se comunicó con nosotros. Despejó muchas dudas y dejó un ambiente de paz indescriptible, pero también su mensaje generó nuevas preguntas. ¿Por qué su nave no está en el desierto de Gobi y ahora se oculta bajo las montañas? ¿Por qué es tan importante aquel Cristal? ¿Qué significa vibrar en el “camino del 33”?

El 8 de agosto, al ingresar a la Puerta, empezaríamos a comprender.

UNA PUERTA INVISIBLE

El amanecer del 8 de agosto fue más que especial. Ni bien empezó a salir el sol, nos apresuramos para acercarnos al lugar donde yace la Puerta. Nuestra intención era meditar al pie de una gran stupa que dominaba ese recinto desde lo alto. Y fue una buena idea, pues los rayos del astro rey no tardaron en iluminar el complejo sagrado para ofrecernos un espectáculo inolvidable.



Los mensajes que recibimos por la noche nos habían entusiasmado. Sabíamos que estábamos muy cerca de afrontar una experiencia importante en representación de todos, aunque procurábamos alejar cualquier expectativa o condicionamiento. En los últimos años se lanzaron muchas conjeturas sobre qué se daría en el viaje al desierto de Gobi. Se especulaba, sobre la base de las últimas comunicaciones y experiencias, en cómo podía ser la nueva etapa de la Misión luego de las expediciones de agosto. Y si bien resultaba evidente que luego de semejante movilización de energías, viajes y experiencias a escala mundial un momento diferente empezaría a vibrar en nuestra experiencia de contacto, teníamos que ser cautos y equilibrados con estas informaciones. Éramos plenamente conscientes de ello y decidimos ir a Mongolia con la “copa vacía”. Es decir, dejar que todo fluyera en un marco de libertad y apertura, sin juzgarlo.

Decidimos guardar ayuno ese día. Un día extrañísimo, pues el tiempo parecía no transcurrir. El pasar de las horas —o más bien, de los minutos— fue en extremo lento para todo el grupo. No lo entendíamos racionalmente. No obstante la sensación fue marcada y nos acompañó hasta el instante mismo en que volvimos a la Puerta —esta vez para entrar en el área sagrada— cerca de las 8:00 p.m.

Los momentos previos fueron solitarias caminatas en el desierto, meditaciones en grupo, y hasta una agradable sesión de mantras con Oron Dol.

El sol ya se despedía cuando emprendimos la caminata hacia el encuentro programado.

LOS OJOS QUE TODO LO VEN

El campamento fue levantado a mitad del camino que lleva a la Puerta. En él descansaríamos cuando nuestro trabajo fuera concluido. Llevábamos sólo lo indispensable. El resto del equipo había quedado al interior de un ger. Como aún disponíamos de la luz del día, pudimos caminar sin encender las linternas. Íbamos en silencio, manteniendo una fila india a lo largo de todo el sendero.



Al llegar al lugar, como sucede con todo peregrino que se acerca al recinto sagrado, lo primero que resalta a distancia son los “Ojos que todo lo ven”, el antiguo emblema esotérico del budismo. Un símbolo que, como vimos anteriormente, esconde un poderoso mensaje. Oron Dol ya nos había comentado, antes de nuestra partida, que en aquel lugar uno

se ve tal como es, sin máscaras y disfraces, y que ello es un requisito fundamental para ser recibido por los “Señores de Shambhala”. El lama, incluso, antes de que nosotros saliéramos rumbo a la Puerta, nos había hecho un dibujo del recinto ayudándose de un papel y lápiz, explicándonos que los tres temples o stupas principales —desde las cuales se debe ingresar al centro sagrado— tenían su propio significado. Oron Dol no vendría con nosotros. Nos dejaría a solas. Y para el lama le resultaba importante que comprendiéramos el mensaje de aquella

construcción. Así, ayudado del dibujo, nos indicó que el santuario frontal, donde se aprecian los ojos, era el ingreso para la raza humana, para la gente común; el que se ubica en la parte lateral izquierda, para aquellos que se habían iniciado como lamas; y por último, el de la derecha, se hallaba destinado para los mismísimos “espíritus de Shambhala”.

Al llegar al lugar, nosotros elegimos el del centro. El de la “gente común”. Y meditamos en él un largo rato hasta que los últimos y tibios rayos del Sol se marcharon. En el camino Nimer había hecho una pausa para tocar la gran campana. No lo hizo tres veces, como suelen realizarlo los monjes. La hizo sonar en 10 ocasiones, con el importante símbolo que ello involucra: “La Décima Campanada del Anrrom”. Y puedo decir que más de uno siguió escuchando la vibración de ese sonido mientras meditábamos a orillas de la Puerta.

Ya se empezaban a ver las primeras estrellas. Palpitaban en un cielo limpio de nubes. El silencio era impresionante. La sensación de “presencias”, también.

De acuerdo a los mensajes recibidos y las distintas percepciones que tuvimos a lo largo del viaje, nuestro trabajo se llevaría a cabo en dos partes. Primero, ingresaríamos al área sagrada uno por uno, situación que sentíamos aprovechar para expresar lo que somos y representamos, tanto personalmente como en nombre de todos, y transformar nuestros errores y aciertos acumulados en experiencia vital para el futuro. En suma, un trabajo de redención y perdón. Y era importante hacer todo esto en una primera instancia a solas.

Finalmente, todos juntos nos acercaríamos al lugar mismo donde Danzan Rabjaa halló la Puerta hace casi 200 años, y en donde actualmente se yergue una humilde stupa, levantada con el concurso de numerosas piedras colocadas por los peregrinos, y mostrando al viento las típicas telas azules que representan devoción y respeto. Ese era el “núcleo” de los fenómenos que suelen ocurrir en la zona, según nos revelaron los lamas. La stupa había sido construida sobre el lugar mismo donde se “descubrió” la existencia del Portal.

Cuckie sería la primera en entrar a la plaza que demarcan las grandes stupas blancas. Las mujeres del grupo empezarían el trabajo. Luego seguiríamos los hombres, siendo yo el último en pisar aquellos suelos antes de que todos nos reuniéramos para dirigirnos a la mencionada stupa de piedra. La experiencia de cada uno de nosotros fue extraña, profunda, e importante.

Cuckie caminó lentamente hacia el centro de la plaza mientras nosotros quedamos en la orilla, apoyando a la distancia con nuestra meditación en el Om sostenido. Nuestra amiga y compañera de viaje sintió una energía poderosa en el lugar, y una serie de imágenes vinculadas a su vida y su camino, a sus recuerdos y a su futuro —una constante en la vivencia de cada uno de nosotros al entrar allí— aparecieron en su mente. Fueron claras. Intensas. Y algunas duras. Pero llenas de sabiduría en su mensaje. Conmovida, Cuckie sintió abrirse al lugar tal cual era ella, mostrándose con sus errores y aciertos, abriendo su corazón, reafirmando su compromiso por el mensaje y pidiendo perdón en nombre de todos por los errores cometidos. Sentía la necesidad de “transformarse”. De reafirmar su camino una vez más. Y se entregó a ello.

Entonces sintió presencias, y debido a la importancia de todo lo que estaba empezando a ocurrir, Cuckie exigió a los Guías que se mostraran en ese preciso momento. Y la respuesta fue inmediata, pues un objeto, de brillo dorado, muy similar a otros avistamientos que tuvimos a lo largo de este viaje —quizá, la misma nave—, apareció de pronto en el cielo y cruzó a media altura al otro extremo de la plaza, emocionando a Cuckie y también a nosotros, pues la presencia de la nave fue muy contundente. Todos la vimos con la misma alegría. Los Hermanos Mayores estaban allí, en plena realización de la experiencia. Y de hecho los avistamientos continuaron todo el tiempo que el grupo estuvo trabajando en el lugar.

Con lágrimas en el rostro Cuckie se reunió con nosotros. Se le notaba firme y decidida. Cambiada. Ciertamente ese lugar tenía “algo”.

Cuando llegó el turno de Isabel, la experiencia sería similar. También llegó al centro de la plaza. Y en ese punto una energía especial se dejó derramar en ella, sintiendo entonces que tenía el poder de “*Hacer y Desear*”, tal como reza la enseñanza del Mapa de Paititi. Entonces se arrodilló y, al igual que Cuckie, pidió perdón en nombre de la humanidad y renovó su compromiso. Ese suelo invitaba a la devoción. Nos hacía humildes y dejaba algo marcado a fuego en el alma. Isabel misma sostenía que las palabras limitaban en extremo la real sustancia de esta experiencia. Pero ya hallaríamos la forma de “transmitirla”.

Carina ingresó después. Y pudo constatar también que el lugar emanaba una fuerza invisible. Incluso tuvo la impresión de que todo el enclave se “movía”, aunque no la mareaba. La sensación de estar acompañada fue clarísima y hasta percibió que alguien se había colocado detrás de ella. Al igual que Cuckie e Isabel, sintió ubicarse en el centro de la plaza, en donde se repitió el mismo

patrón de “visiones” que mostraban momentos personales del pasado, y del futuro.

Nimer fue el siguiente en ingresar. Caminó lento, hizo una pausa —dando la impresión de que oraba en silencio— y luego prosiguió. Cruzó el centro de la plaza y se aproximó a la stupa de piedra donde más tarde se reuniría el grupo. Entonces escuchó claramente en su mente un nombre que se repetía:

“Zinkartupek”, “Zinkartupek”.

No entendía qué significaba. Y antes de poder siquiera ordenar en su mente lo que le estaba ocurriendo, una voz le inquirió con autoridad: *¿Por qué entraste por este lugar?*

Nimer seguía desorientado con todo esto. Entonces una serie de visiones también le asaltaron. Y el mismo patrón que todos enfrentaríamos: nuestro pasado, nuestro presente, y el futuro probable. Y a consecuencia de todo ello, una decisión. Y no era sutil. No era una visión de aquellas donde uno cierra los ojos y sencillamente ocurre. Aquello era completamente diferente. Te absorbía. Te hacía parte de las escenas. Te hacía vivirlas.

Entonces, Nimer escuchó que le decían:

“Llegaron a encontrarnos.

Deben saber que viene un esfuerzo más: dejarán de ser Guerreros de Luz para convertirse en Embajadores de Paz. Han llegado a Shambhala, a la vida de total conciencia en profundo amor. Un segundo en ese estado supone la Eternidad, el perfecto orden en el amor, donde fluye la armonía en absoluta tranquilidad. Shambhala está en ustedes. Y ya tienen la llave: la piedra de Chintamani, la fuerza que los activará y acelerará también vuestro proceso como emisarios de Paz.

La piedra encierra el pensamiento cristalizado desde el primer instante de la creación. Ciertamente tiene vida y crece su poder por las vivencias del ser humano. Y es que ustedes llevan la esencia primera, el espíritu de todo aquello. Vuestro proceso como humanidad en la Tierra perfecciona el Plan a través de la piedra.

No más guerra de dioses. El hombre con su experiencia cambiará la dinámica futura de la creación; llevará paz y enseñará una nueva forma de crecimiento espiritual en todo el universo”.

Mientras escuchaba estas palabras, Nimer se sintió proyectado en una visión extraordinaria ante los 32 seres que llegaron hace miles de años al desierto de Gobi. La imagen casi le hipnotizó. Vio una suerte de cápsulas de cristal y a entidades de aspecto humanoide “durmiendo” al interior de ellas.

Seguidamente escuchó una última frase:

“Recuerden que el conocimiento está en ustedes si la paz está en ustedes. La verdad está en ustedes si la paz está en ustedes. La luz está en ustedes si la paz está viviendo en ustedes. Y en Shambhala está la paz. Encuéntrala, porque Shambhala se encuentra también en vuestro propio interior. Vuestra misión es iluminar...”

Nimer volvió de su experiencia con la sensación de un “zumbido” en el ambiente, como una vibración permanente en el lugar emitida por algo que no podía identificar. Sentía que le penetraba la cabeza.

Luego de que nuestro amigo se reuniera con el grupo, Elard ingresó a la plaza. Desde antes de entrar en el lugar ya venía notando que algo diferente le ocurría. Especialmente la sensación de tener un casco sobre la cabeza. Fue muy claro y no lo podía explicar. Sólo se le pasó por la mente la imagen del lama joven que pintara Roerich y que habíamos visto en el libro de Sana.

Y es que no sólo se trataba del casco. Elard sentía además el pendiente con la piedra verde colgada. Su peso, su energía, todo. Tan real que lo desconcertó. Entonces comprendió que la imagen del cuadro del lama joven estaba transmitiéndole un mensaje: que a partir de ese momento todos asumíamos esa investidura; pero no como lamas jóvenes, sino como “discípulos de Shambhala”. Probablemente, el cuadro de Roerich encierre ese significado.

Finalmente, Elard también experimentó visiones sobre su vida, y ante todo ello expresó perdón, ofrecimiento y compromiso. Se arrodilló, mientras una frase se le repetía con fuerza:

“Shambhala entra en el corazón de cada uno al hacer algo por los demás. Aquellos ojos pintados en el santuario, en la gran stupa, son sencillamente los ojos del alma”.

Elvis siguió en este proceso de trabajo personal, ingresando sin titubeos al interior de la plaza. Al igual que todos los que habían desfilado antes que él, renovó su compromiso y entrega para con la Misión. Y ya no sólo sintió las presencias que otros miembros del grupo advirtieron. También las vio. Algo que

me consta pues desde la orilla de la plaza, mientras llevábamos a cabo el apoyo con nuestras meditaciones, se podía ver claramente varias figuras humanoides desplazándose. Cuando llegaría mi turno podría identificar a quiénes correspondían esas proyecciones.

El patrón de las visiones del pasado no fallaría con Elvis. También ocurrió con él, viendo especialmente los momentos más intensos de su participación en los viajes a Egipto (2003), Marcahuasi (2002) y Paititi (1998). Luego una voz que le señalaba: *“Preparen a la gente para entrar en Shambhala”*.

Cuando Elvis volvió de su importante experiencia personal, caminé decidido hacia el extremo derecho de la plaza. En ese lugar era donde más se observaban las siluetas. Pero no me dirigía hacia allí por esta situación. Sentía fuertemente entrar en la gran stupa o templo que está dedicado a los “Señores de Shambhala”.

Al acercarme, distinguí perfectamente las proyecciones de los Guías Antarel, Sampiac, y la de una mujer de similar estatura que probablemente fue Anitac. Pero ellos se alejaron cuando me aproximé. Sentí que sólo estaban observando, y que no querían interferir directamente en el proceso de la experiencia que se estaba empezando a desarrollar en el lugar.

Entonces me acerqué al templo. Y cuando iba a ingresar en él, un miedo tremendo se apoderó de mí. No era una reacción ante algo que pudiera ser negativo. Se trataba de una sensación poderosa de estar ante un fenómeno desconocido, una fuerza, una presencia que en verdad impactaba, y que de alguna u otra forma se hallaba “dentro” de aquel santuario. Por si esto fuera poco, un viento impresionante empezó a salir desde dentro de la stupa, tan fuerte que tenía que hacer fuerza para entrar. Y no exagero ni un ápice. Internamente “sabía” que lo que estaba pasando era importante, así que no escatimé mis pasos. En ese momento, sentí que alguien me decía: *“Una vez que cruces este lugar no hay vuelta atrás”*.

La “voz” compartía una paz y una profundidad semejantes que su serenidad contrastaba con el viento que estaba a punto de vencer para entrar en el templo. Recordé entonces la experiencia en las dunas. Y supe allí que ese viento provenía del mismo origen sobrenatural.

Una vez dentro, el viento se aquietó como si alguien hubiera apagado el “ventilador”. Esto realmente fue impresionante. Y confieso que me puse

nervioso, pues la presencia que se sentía allí era imponente. Todo lo que había vivido a lo largo de estos años me sirvió poco y nada. Era como si estuviera viviendo mi primera experiencia.

Y aquí se sucedieron una serie de visiones, a la usanza de todo lo que vivió el resto de mis compañeros. El pasado, el presente, el posible futuro. Lo que fue, lo que es, lo que podría ser. Y acepté cosas. Reconocí otras. Me fortalecí. Comprendí. Y decidí, como otras veces, seguir adelante, aunque intuía en mis adentros que las “formas” cambiarían.

Al abandonar el templete, me encontraba renovado, distinto. Pensaba proseguir a la stupa de piedra, pero la misma “voz” que se había dirigido a mí antes de que ingresara al santuario me pidió que volviera con el grupo. Seguí esa indicación sin dudar y me reuní con los muchachos, que seguían meditando a orillas de la plaza.

Allí les invité a tomarnos de las manos y nos dirigimos al templete que acababa de visitar en silencio. El viento volvió a aparecer, no tan intenso como cuando estuve, pero lo suficiente como para espantar a cualquiera. Todos vivimos esto con una viva emoción. En ese momento, sentí expresar lo mismo que me había transmitido aquella extraña voz —quizá la responsable del viento— en mi experiencia previa: “*Una vez que crucen este lugar no hay vuelta atrás*”. Todo el grupo, con responsabilidad, se mantuvo firme y continuó. Entonces entramos sin soltarnos en ningún momento de las manos, y formamos un círculo al interior del santuario que ya no escupía viento con la misma fuerza con que nos recibió.

Empezamos a vocalizar la palabra *Rahma*, y debo decir que esto fue realmente especial. Hubo un eco poderoso, de otro mundo, como si una multitud de entidades lo estuviesen vocalizando en ese preciso momento con nosotros. Temblábamos. Y entretanto tuvimos —todos— la visión de que nos hacíamos “gigantes”, que ya no éramos nosotros, sino como grandes guardianes planetarios que seguían tomados de las manos mientras invocaban la clave activadora de nuestra experiencia de contacto. En ese momento algunos tuvieron una fuerte sensación de libertad, como si algo se hubiese liberado.

“Raaaaaaahmmmaaaaa”, “Raaaaahmmmaaaaa”, “Raaaaahmmaaa”, vibraba con fuerza en cada rincón del santuario y dentro de nuestros pechos.

Luego de ello, guardamos silencio. En ese instante no entendíamos qué significaba exactamente todo lo que estábamos sintiendo. Pero sabíamos que era positivo y trascendental.

Al salir, llenos de esa energía maravillosa que nos abrazó, nos dirigimos a la stupa de piedra. Al llegar a ella nos colocamos en media luna sin soltarnos de las manos. Nos tomábamos con firmeza. Y mantuvimos el silencio.

Difícil de describir lo que pasó a continuación.

Desde la stupa de piedra, una fuerza empezó a surgir y, con “inteligencia”, se fue acercando al grupo, a cada uno. Las sensaciones de mareo, presión en la cabeza y calor hicieron presa a varios de nosotros. Con los ojos abiertos, se podía apreciar cómo “mutaba” la stupa de piedra en otro objeto, que parecía adquirir la forma de un gran octaedro verde brillante, tan intenso como el color de una esmeralda. De él se aproximó una fuerza a Cuckie, que hizo que ella saliera de su cuerpo y fuera llevada a un lugar que en ese momento olvidó de repente. Es que nuestra amiga se había caído a suelo cuando esa fuerza la “absorbió”. Una fuerza que fue “sacando al grupo”, “transportándolo” a algún punto que físicamente existe, pero que también posee sus rutas, puertas y caminos en otras dimensiones. No todos se dejaron ir completamente por temor a caer al suelo como sucedió con Cuckie.

A mí también me ocurrió, pues al dejarme “absorber” por aquel maravilloso cristal, tuve la visión de una escena que podría hacerse realidad en el futuro: un gran terremoto. En la imagen, yo estaba en medio del movimiento sísmico, y veía cómo toda una ciudad se desmoronaba ante el pánico de la gente. Fue tan real, y tan espantoso, que también caí al suelo, tomando mayor conciencia de mi cuerpo y del lugar donde estaba.

Aún con la vista perdida por la intensidad de la visión —si se le puede llamar así— distinguí a Isabel a mi lado. Se había agachado sin soltarme de la mano. Sentí que todo el grupo estaba “conectado” al mismo lugar que generaba este fenómeno. Y a todos nos estaban pasando cosas muy intensas. Estábamos recibiendo gran cantidad de imágenes e información. Sin embargo, hasta ese momento, ninguno de nosotros se había dejado ir completamente.

Entonces una voz, la misma que me había “orientado” en el templete, penetra mis pensamientos y me dice:

—Tienes que dejarte ir. Quédate tranquilo, que el tiempo que estarás con nosotros serán breves segundos para tus compañeros.

Sólo lo decidí. E inmediatamente dejé de sentir la mano de Isabel.

EL CRISTAL MAESTRO Y LOS 32 MENSAJEROS DE BELUKHA

De pronto me hallé de pie en una gran habitación escavada en la roca. Sabía que este lugar se encontraba bajo tierra y muy distante de la ubicación física del grupo en el extremo oriente del desierto de Gobi. Aquel salón estaba iluminado por una fosforescencia verdosa, que era emanada por un inmenso cristal que atesoraba el mismo color. Se trataba del objeto que vimos en el desierto, en el lugar donde debería estar la stupa de piedra. Ahora lo podía ver con mayor claridad. Ciertamente se trataba de un cuerpo enorme, que flotaba y parecía estar encantado, dotado de vida.

Entonces observé cómo de este gran cristal se desprendió un elemento menor, dando la impresión que “nacía” del cuerpo principal. Se separó con suavidad, siendo también cristal pero en estado líquido, como el mercurio, pero un verde intenso. Se derramó lentamente en el suelo y luego se solidificó en una pequeña gema, que empezó a brillar con autoridad como si se tratase del mismo cristal mayor. Es decir, ambos estaban separados, pero unidos energéticamente.

Luego de observar esta importante escena que inauguraba mi inesperado viaje astral —extraordinariamente consciente y guiado por “ellos” — “aparecí” en un gran salón de construcción artificial. No era una galería subterránea. Me hallaba dentro de una suerte de hangar abovedado, muy amplio y de aspecto metálico. El color de ese metal, que predominaba en el suelo, paredes e inclusive en el extraordinario techo convexo, era un gris oscuro, de aspecto muy sólido. Todo estaba iluminado por una débil luz “transparente”.

En este “hangar” —le llamaré así— había dos filas de cristales octaédricos, una ubicada sobre el extremo izquierdo de mi ubicación, y el otro conjunto de objetos a mi derecha. Estaban ligeramente inclinados en su parte superior de tal manera que descansaban en las paredes laterales del hangar. Eran cristales blancos muy grandes, estimo un poco más de dos metros de altura. Me fui acercando a ellos. Y entonces noté que la luz transparente que iluminaba ligeramente el lugar provenía de estos cristales. Todos estaban “encendidos”, menos uno. Era el primero de la izquierda.

Entonces me acerqué al objeto. Y al llegar a él, noté que el cristal estaba diseñado para que alguien pudiera estar ubicado en su interior. Pero allí no había nadie.

En ese instante tuve una extraña sensación. “Sabía” a quién correspondía ese cristal. Y también comprendía por qué aquel ser no estaba allí. En un abrir y cerrar de ojos tomé conciencia de que me hallaba en la nave de los 32 enviados que fundaron Shambhala. Los cristales eran sus lugares de descanso; en ellos sus cuerpos se encuentran criogenizados, en “animación suspendida”. Había 33 cristales en el hangar. Uno solo estaba vacío...

—“Ven, ven aquí” —me dijo una voz.

El llamado provenía del otro extremo del hangar, en donde se hallaba la segunda hilera de cristales. Me aproximé, y al examinar aquellas “capsulas”, observé en ellas a seres de aspecto humano —aunque estilizados—, todos parecían ancianos y algunos de ellos tenían gran estatura. Lucían como si estuvieran durmiendo. Estaban con los parpados cerrados.

Procuré no distraerme y seguí caminando, despacio, y me detuve seguro en el quinto objeto.

Había un ser de unos dos metros de estatura. De piel muy blanca y arrugada en la frente, el mentón y el cuello. Los ojos, aunque descansaban, eran grandes y ligeramente separados. Aquel anciano de cabello cano muy delgado poseía el cuerpo de un joven atleta: una silueta fornida vestida en un traje plata y gris, que se confundía con el brillo que emitía su “capsula”. La luz salía del interior mismo del cristal.

—Era yo quien les hablaba —se dirigió a mí aquel ser, aunque seguía “durmiendo” en su cápsula—. Mi nombre es Emuriel.

Me quedé de una pieza. Impactado. Con una viva emoción, mientras me preguntaba cómo había terminado en ese hangar.

—Fue el Gran Cristal lo que te trajo ante nosotros —intervino Emuriel.

Entonces recordé cómo se había dado todo. El trabajo del grupo, el viento sobrenatural en el templete, la fuerza increíble que nos absorbió en la stupa de piedra, y la espantosa visión del terremoto, con los edificios cayéndose y la

desesperación de la gente. ¿Por qué esta experiencia tan especial tenía que empezar con esas imágenes?

—¿Qué significa la visión del terremoto? —pregunté—. ¿Ocurrirá, o es sólo una advertencia?

—Lo que les mostró el Gran Cristal es una escena del futuro —respondió pausado Emuriel—. Es información para que estén preparados para ciertos eventos que pueden ocurrir en la superficie.

—Pero, fue tan duro verlo —repuse—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Qué fue lo que más te impactó de esas imágenes? —Inquirió—. ¿El violento movimiento? ¿Las construcciones viniéndose abajo? ¿Qué fue lo que realmente te afectó? ¿Y tú, cómo estabas en ese momento?

Emuriel me obligó a revisar nuevamente tan dramáticas escenas. Pero al hacerlo, entendí qué quería que viera...

—La gente, me impactó ver a la gente tan confundida —dije—. Todo era espantoso, sin embargo yo estaba tranquilo en la escena. Sólo pensaba en qué debía hacer en ese momento para ayudar.

—Ese es el mensaje —señaló—. Tengan presente que hay cosas que tendrán que suceder como parte de la transformación del planeta. Deben ser fuertes ante ello. Recuerden que vuestro trabajo no sólo está aliviando los ajustes de la Tierra y hasta evitando algunos momentos difíciles generados por la ambición de algunos hombres; también están trabajando en la preparación de la gente, para que asuma con otra actitud el cambio que está por venir.

—¿Y es necesario tanto dolor? —cuestioné.

—Gracias al trabajo de ustedes el proceso será menos traumático —explicó, siempre con voz pausada—. Sin embargo comprendan que es un cambio inevitable que requiere ordenar todas las fuerzas del planeta. Esos cambios sumirán en la desesperación a muchos. Les confundirá y no sabrán interpretar lo que está ocurriendo, como te mostró el Gran Cristal. Otros, despertarán de su letargo cuando todo esto se intensifique, aunque el tiempo es corto y podría ser muy tarde. Dependerá de la preparación y conciencia de cada uno para

sobrellevar la experiencia. He allí donde entran ustedes. Fueron intensamente preparados para impartir ese conocimiento a sus hermanos. Y en este tiempo.

—Hábleme del Gran Cristal. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo puede “ver” el posible futuro?—consulté.

—El Gran Cristal nos “avisa” de ciertos momentos que pueden ocurrir en la línea de tiempo que ustedes denominan “futuro” —respondió—. Como saben, al ingresar a vuestro tiempo, que es una realidad paralela a la dinámica que impera en el Universo, nos es imposible ver el futuro con nuestros propios medios. Sólo podemos hacer una proyección hipotética sobre la base de ciclos planetarios y cósmicos, error y experiencias, observación y estudios científicos, pero no psíquicamente. El Gran Cristal está dotado de ese don. Cuando él “ve” algo, nos lo muestra, entonces nosotros actuamos.

—Pero, ¿cómo lo hace? —pregunté extrañado.

—No lo sabemos —respondió Emuriel—. Sencillamente, ocurre. Y creemos que la respuesta a todo lo que puede hacer radica en su origen.

De pronto una colosal imagen del espacio se mostró allí mismo, desdibujando el hangar y haciéndome sentir parte de la escena: una extraña nave, semejante a un gran buque gris, pero sin la arboladura, emergía lentamente de lo que identifiqué como la Nebulosa de Orión.

—Desde que se halló el Gran Cristal, la vida de todas las criaturas del espacio no fue la misma —intervino Emuriel, guiando la visión—. El descubrimiento de los cristales como materialización de la luz pura nos había permitido dar un importante salto tecnológico. Pero el Gran Cristal era distinto, pues poseía el secreto mismo de la Creación...

Recordé entonces las últimas experiencias que tuvimos en Egipto vinculadas a Orión y las guerras extraterrestres, y las primeras informaciones que fuimos recibiendo sobre la naturaleza misteriosa de un cristal de origen cósmico. Todo parecía estar vinculado. En anteriores experiencias se nos había transmitido que aquel objeto era una probable “materialización” de la energía del Universo Mental al *emanar* nuestro plano físico. Una revelación extraña, sin duda, pero al mismo tiempo el eje principal de una historia importante. Lo explicaré brevemente.

Según los Guías la Creación está dividida en tres grandes planos: uno espiritual, uno mental, y un plano material. Todo ello se engendró de “arriba hacia abajo”. De acuerdo a esta cosmogonía extraterrestre, el Universo Mental creó al Universo Físico “transmigando” su energía para generar una singularidad con la aparición del espacio y el tiempo. Algunos científicos de la Tierra denominaron “*Big Bang*” a ese fenómeno. Pero hoy sabemos que nuestro “Universo” es en realidad uno de tantos en la vasta creación. Con la aparición de la vida inteligente y el desarrollo de avanzadas civilizaciones en las estrellas, la navegación espacial y la exploración de lejanos planetas se transformó en algo normal. La búsqueda y el estudio de aquellos seres que nos precedieron apuntaban a la comprensión de la Creación.



Así, hallaron en el centro de algunas galaxias y formaciones nebulosas “portales” a ese Universo Mental. Y en esa exploración descubrieron la tecnología de los cristales, elementos que fueron empleados con múltiples propósitos desde que fueron hallados en sus viajes espaciales. Sin embargo, al encontrar aquel “Gran Cristal” en el corazón de la Nebulosa de Orión, vieron en él el primer elemento que había “pasado” desde lo mental a lo físico, conteniendo en su estructura la “formula secreta” de como se había “creado” el plano material, la arquitectura de sus energías y la geometría oculta de todas las existencias. Poseer ello, suponía alcanzar un gran poder.

—Por ello muchas civilizaciones lo pretendían —intervino Emuriel—. Como sabes fue la verdadera causa de la Guerra Antigua.

—¿Y por qué lo trajeron a la Tierra, sabiendo todo lo que despertaba en sus mundos de origen? —cuestioné.

—Ninguno de nosotros era capaz de descifrar el contenido y misión del Gran Cristal —repuso el anciano—. La profecía señalaba que una humanidad nueva de un distante planeta podría lograrlo, y cuando ello ocurriese un cambio importante se daría para todas las formas de vida en el Universo.

—¿Profecía? —dije—. ¿Quién hizo esa profecía?

—Nuestros ancestros, los primeros exploradores, aquellos que viste en aquella gran nave espacial. Ellos encontraron el Gran Cristal y de alguna forma lo supieron.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—No lo sabemos —contestó reflexivo—, se exiliaron cuando se dieron las primeras conflagraciones.

—Ustedes protegían al cristal —dije seguro—, hasta que supieron de la Tierra y lo trajeron aquí para ver si se cumplía la profecía.

—Así es —afirmó—. Pero esa era sólo una parte de nuestra misión al venir aquí. Nosotros procurábamos sembrar la semilla de la paz en este planeta, que desde un principio despertó el interés de distintas fuerzas en el Universo. Teníamos que velar por el proceso humano, y por ello decidimos acompañarles hasta el final.

El ser hizo una pausa, como revisando sus recuerdos, y luego prosiguió con cierta solemnidad:

—No sabíamos lo que iba a ocurrir cuando trajimos el Gran Cristal a la Tierra. Al establecernos el objeto se activó, pues luego de la gran guerra estuvo dormido por milenios. Y aquí engendró un pequeño cristal, que se ha venido mezclando con la humanidad en los momentos más importantes de su historia, algunas veces a la vista de los hombres, y otras en secreto.

Ante estas palabras temblé, pues sentí lo que podían significar. Era una confirmación a una pista que veníamos siguiendo desde hace mucho.

—Fue así como el Gran Cristal despertó y se alineó a las energías de este planeta —añadió grave Emuriel—, enlazando sus caminos de luz y abriendo portales. Aquella energía verde brillante que suele observarse en los Retiros Interiores proviene de él, pues todo lo llena de vida, es el corazón del mundo subterráneo.

—¿Y qué pasará con el pequeño cristal que se desprendió de él? —pregunté.

—Cuando vuelva a su “madre” —habló despacio—, portando toda la información que recopiló de la raza humana, se habrá terminado de cumplir su misión. Entiendan que estos objetos no son importantes en sí mismos más allá de toda la historia que se les ha revelado. Que ello no les distraiga. Todo esto está pasando por ustedes. He allí la clave. La experiencia humana es lo verdaderamente trascendental para que la profecía se cumpla.

—Maestro —me apresuré a preguntar— ¿Cuál es el paso más importante al haber llegado aquí? ¿Cómo seguirá el proceso de la misión de contacto?

—Si no hubiesen llegado físicamente al desierto de Gobi esta experiencia no estaría ocurriendo —sentenció—. Al arribar han terminado de unir fuerzas y energías que fueron activando y recibiendo en distintas experiencias con los orientadores y mensajeros, así como las diversas peregrinaciones que llevaron a cabo a los Retiros Interiores. Están sellando un proceso para iniciar otro.

—¿Es esa nueva etapa de la que hablan los mensajes, verdad?

—Pero no la entiendan como una “etapa” en sí, sino como un momento donde cada uno irá ingresando gradualmente. Es la realización del mensaje en sus vidas como nunca antes, un proceso que a algunos les llevará a dar grandes pasos. Recuerden que alguna vez se les dijo que al final comprenderían que el verdadero contacto es con uno mismo. No es sólo un símbolo, es real y tienen que vivirlo. Ello realiza la profecía, pues ésta habla de ustedes y del futuro. Todos estos años fueron la preparación.

Habrá cambios que a muchos sorprenderá —prosiguió—, pues pasarán de ser “contactados” a “conectados”, un estado diferente que los unirá con el todo absoluto. Esto quiere decir que en estos años de transición algunos de ustedes

deberán caminar solos, aplicando en vuestra vida todo lo aprendido y teniendo como Guía y Maestro a vuestro propio interior.

—¿Esto quiere decir que el contacto acabará? —Pregunté— ¿Qué pasará con los grupos, los viajes, la dinámica actual de la Misión?

—El contacto nunca acabará —afirmó con una paz sobrecogedora—, sino que se transformará con ustedes como parte de un importante paso de crecimiento. Es más que necesario para sellar los objetivos finales de la Misión. No olviden que donde existe un verdadero mensaje de amor siempre habrá grupos para realizarlo. Lo que cambiará serán sus mentes. Vivirán una gran metamorfosis de conciencia que les llevará a ser menos dependientes, más libres, espirituales y profundos. Ello sin duda generará cambios en las formas a las cuales se han venido acostumbrando, pero es adentro de ustedes mismos donde todo se precipitará.

No te preocupes en explicar esto a los grupos —enfaticó—, pues es un proceso que cada uno debe vivir. Es personal. Y muchos ya lo están sintiendo.

Emuriel tenía razón. Más allá de las interpretaciones que podían hacerse de los mensajes, había una señal interna que advertía de que “algo” importante estaba por ocurrir con nosotros. Yo mismo lo empecé a sentir con mayor fuerza desde que pisé el desierto de Gobi. Un proceso se cerraba. Venían tiempos diferentes y nuestras labores también cambiarían. O más bien, se definirían.

Me quedé detenido frente al cristal octaédrico donde descansaba Emuriel. Viendo sus párpados cerrados y la paz que transmitía su rostro comprendía que ellos habían decidido quedarse en la Tierra por voluntad propia, hasta el final de la profecía del Gran Cristal. Para ello, habían aplicado la tecnología de navegación de la nave que permite criogenizar a todos sus tripulantes durante los viajes largos. Durante miles de años de los nuestros aquel vehículo extraterrestre había cumplido eficientemente sus funciones, manteniendo vivos a los 32 mensajeros, que esperan el desenlace de esta historia para dejarse ir y unirse nuevamente al Universo.

—¿Dónde se encuentra esta nave? —me dije.

—En un principio se hallaba bajo las arenas del desierto de Gobi —intervino Emuriel—. Pero luego fue trasladada a esta ubicación. Te encuentras bajo el Monte Belukha, la montaña más alta de la cadena del Altai.



El Monte Belukha, con más de 4,500 metros, es la montaña más importante de la cadena del Altai. Con sus dos picos principales resalta a la distancia en el suroeste de Siberia, no lejos del norte mongol. Emuriel me explicó que ubicar la nave bajo el gran macizo de roca era una estrategia de protección, pues otras civilizaciones extraterrestres procuraron destruirlos en arriesgadas misiones cuando descubrieron que los 32 se hallaban establecidos en nuestro planeta. La cuarentena de los Vigilantes había logrado protegerlos, aunque en el último intento de atacarlos se registró una baja en la Confederación, precisamente sobre los cielos de Siberia, mientras se procuraba poner a salvo la instalación subterránea del Belukha. Aunque el ataque fue repelido, una nave de guardianes y vigilantes, herida luego del enfrentamiento, no tuvo más remedio que auto detonarse antes de impactar en el suelo. Esto ocurrió el 30 de junio de 1908, en Tunguska.

Ahora comprendía por qué en la experiencia de Celea (Chilca, febrero 2001) Ishtacar me había hablado de ese incidente...

Observé nuevamente el hangar. Me resultaba increíble aceptar que me hallaba en el corazón de aquella nave y frente a la presencia de los 32 mensajeros. En ese paneo por el lugar distinguí en el centro y al fondo de las dos hileras de cristales un objeto que contrastaba con todo lo que había visto allí: un sillón de piedra,

corpulento y membrudo, de un color oscuro como el basalto. Se podía apreciar que no formaba parte de la estructura original de la nave. Había sido puesto allí después. Pero, ¿con qué fin?

—Cuando se cumpla todo “*El Primero de los Antiguos*” se sentará allí —interviene Emuriel—.

—¿Quién es el “Primero de los Antiguos”? —hice esta pregunta a conciencia, pues muchas interpretaciones se han dado en la misión sobre su significado.

—Nosotros empleamos ese término en diversas circunstancias —explicó—. Hay distintos significados de acuerdo al contexto. Mas el “primero y el último” es en realidad una sola persona, el “Alfa y el Omega”, el que vino y el que volverá para reunirse con nosotros cuando el proceso haya concluido.

—Jesús —dije emocionado—, Jesús es el “Primero de los Antiguos”.

—Y viene pronto— añadió el anciano—, todos lo esperamos.

—¿Y qué ocurrirá? —Consulté— ¿La nave se elevará? ¿Ustedes despertarán?

—Nuestra nave, la “Gran Campana” o, si lo prefieres, “El Corcel Blanco”, volverá al lugar de donde vino. Y nosotros también.

Vuelve con tus compañeros —me dijo—, ellos también estuvieron aquí. Juntos irán recordando y tomarán conciencia de todo.

Deben saber que se están llevando la energía del Gran Cristal. Una energía que les permitirá hacer cosas maravillosas y positivas por los demás. Cuando ese don que se les otorga se “active” y empiece a operar, podrán transmitirlo a sus hermanos...

Sentí entonces un ligero viento en mi rostro. Tenía la pierna derecha apoyada en el suelo y acalambrada por la posición. Aún estaba en el suelo e Isabel seguía sosteniendo mi mano con firmeza. La stupa de piedra estaba frente a mí. Había “vuelto”.

Recordaba con claridad mucho de lo vivido, aunque no podía ordenar los tiempos en que ocurrió cada instancia de la experiencia. No obstante mi mente

había retenido los diálogos con Emuriel y las visiones de la historia del “Cristal Maestro”.

Estaba emocionado. Y mis compañeros de viaje también, pues todos habían tenido sus propias vivencias.

Al terminar nuestro trabajo frente a la stupa, abandonamos el lugar en silencio. Esa noche fue tan especial para todos nosotros.

Cuando llegó el momento de compartir, constatamos que habíamos recibido partes de una misma historia, una reveladora historia que empezaba a tomar forma. Ciertamente todos habíamos accedido a esa información. Ahora teníamos que meditarla y compartirla.

NOTA

En estos años de contacto se ha recibido una gran cantidad de información relativa al denominado Plan Cósmico. Sin duda un archivo impresionante. Sus revelaciones y detalles, tan profundos y extraordinarios, otorgan una visión distinta —y más completa— sobre la vida humana y la misión de la Tierra. Como sabemos, cada dato que se iba engarzando en este rompecabezas ha servido para reconstruir esa historia perdida en las estrellas. Todos hemos participado en ello, y de alguna u otra forma este proceso cumple los objetivos finales de la Misión. Sin embargo, sabemos también que todas estas informaciones pueden confundir si no se les toma con seriedad y equilibrio. Hay que recordar que estos conocimientos son solo “aproximaciones” a esa verdadera historia cósmica que juntos estamos redescubriendo.

La experiencia, por tanto, nos ha enseñado que la revelación del Plan Cósmico y sus distintos episodios no nos hará evolucionar como seres espirituales. Sólo nos narra acontecimientos importantes en el Universo para comprender nuestro rol y misión, y tomar las decisiones correctas. Ese es el mensaje que recibimos y deseamos que así se comprenda.

Todos somos concientes que lo que nos hace crecer es el amor y el servicio a los demás. He allí la esencia de nuestra labor.

“Colocaron en el centro un rayo de gran potencia dador de Vida, dador de luz, llenando con sus poderes a todo aquel que se les acerque. Colocaron tronos a su alrededor, tiene treinta y dos lugares, uno para cada uno de los Hijos de la Luz, colocados de tal manera, que constantemente les da la radiación, llena con la Vida de la Luz eterna”.

Tablas Esmeralda de Hermes Trismegisto

ALQUIMIA CÓSMICA Y LA FUNDACIÓN DE SHAMBHALA

El Universo Material fue creado por una realidad “no física”, dicen los extraterrestres. Ellos denominan a esa realidad “Universo Mental”, un lugar —si se puede emplear ese término— donde la luz es semejante en naturaleza a un pensamiento humano. La historia cuenta que desde allí se emanó el plano de la materia, dando aparición al espacio-tiempo y el nacimiento de gigantescas galaxias, estrellas, planetas, y todo el conglomerado celeste que hoy por hoy procuramos desentrañar observando el firmamento.

Con la aparición de vida inteligente, y el desarrollo de naves espaciales, la exploración del Universo y sus misterios fue una constante. De esta forma llegó el descubrimiento que cambió vertiginosamente el desarrollo tecnológico de las civilizaciones extraterrestres que nos precedieron: sus primeros exploradores hallaron una forma extraña de cristales muy cerca del centro de las grandes formaciones nebulosas y próximas al peligroso núcleo de algunas galaxias —en donde muchas veces perecieron al ser absorbidos por hoyos negros supermasivos—; entonces sus científicos tomaron muestras y las estudiaron intensamente, concluyendo de que se trataba de un desconocido fenómeno de “transmigración” de energía al haberse creado el Universo Material. Es decir, aquellos cristales provenían del plano de la mente en donde la luz no es física, pero que llegó a corporizarse al “pasar” al nuevo plano material que había sido engendrado.

Estos cristales eran diferentes a otros que eran conocidos en sus mundos de origen, generalmente formados durante la cristalización lenta de los magmas terminales —como ha ocurrido también en la Tierra—; el reciente hallazgo de aquellos impresionantes objetos verdes brillantes ponía todo en jaque: tenían un origen sobrenatural que les permitía acumular mayor cantidad de energía que los cristales convencionales. Ello, como es de imaginarse, supuso un gran salto tecnológico para aquellas civilizaciones que, con el transcurrir del tiempo, fueron aplicando el empleo de esos objetos para la industria, la navegación espacial, y más tarde para la guerra. Les llamaron “*Ergomenon*”. Y de acuerdo a su geometría y programación podían ser aplicados a distintas tareas. Pero aún no habían visto todo.

Un grupo de científicos decidieron estudiar el centro de la Gran Nebulosa de Orión. No era la primera vez que lo hacían, pero un accidente afortunado les llevó a dar con el mayor de los descubrimientos.

La imponente nave, en la cual se desplazaban a través del torrente de radiación ultravioleta de la gran nebulosa —y resistiendo las duras condiciones allí reinantes— golpeó de pronto un objeto que inicialmente pensaron se trataba de masa en formación. A través de sus pantallas vieron el cuerpo de roca, ya fragmentado, y distinguieron en su interior descubierto un brillo esmeralda que ya conocían. Inmediatamente introdujeron el objeto en la nave y, al limpiarlo de su efectivo “camuflaje”, se encontraron con un bellissimo cristal octaédrico, que de inmediato se encendió y les mostró cual oráculo el futuro de su civilización, la gran guerra que vendría, y la aparición de una nueva raza que daría esperanza a todo el Universo.

Los científicos que hallaron el Gran Cristal, sorprendidos, comprendieron que aquel cuerpo había sido el primero en “pasar” al Universo Material cuando el plano entero fue creado. Representaba el camino por el cual la luz mental se hizo sólida: una suerte de alquimia cósmica, y por ende el secreto de cómo se habían “construido” los mundos y soles, los portales y las galaxias. Aquel cristal maravilloso encerraba la formula de la Creación. Pero, ¿de qué estaba hecho aquel objeto? ¿Cómo se formó?



Generalmente se sabe que en un cristal las moléculas, átomos o iones se encuentran organizados simétricamente. Este orden interno muchas veces dictamina la “apariencia” del cristal. Empero estas formaciones no son exclusivas sólo de lo minerales, sino también de compuestos orgánicos. Incluso en el agua. ¿Era un ser vivo aquel cristal? ¿Qué fuente mantenía el orden de su perfecta estructura geométrica? ¿Cómo podía “ver” el futuro?

Sea cual fuese la respuesta, los exploradores extraterrestres no podían abandonarlo a su suerte en el espacio. Sabían que no tenían más remedio que

llevarlo con ellos. Finalmente lo tomaron como una misión, y se transformaron en sus primeros custodios.

El resto de la historia ya la conocemos: la denominada Guerra Antigua estalló en el mismo lugar donde anteriormente se había hallado el extraño cristal. Quizá, esta fue la razón de peso por la cual distintas civilizaciones se empezaron a interesar en la Nebulosa de Orión. Lo cierto es que los primeros exploradores se exiliaron y dejaron el cristal a custodia de un grupo de guardianes y vigilantes que estaban comprometidos, en secreto, con la profecía del Gran Cristal. Algunos de ellos formarían parte más tarde del contingente de 32 enviados a la Tierra para sembrar la semilla de la luz.

Esa historia empezaba a adquirir otro sentido.

LA FUNDACIÓN DE SHAMBHALA

De acuerdo a la información que los Guías nos fueron revelando, luego de la destrucción de la Atlántida —en el año 10,500 AC— un grupo de 32 seres extraterrestres, representando cada uno a una civilización diferente del cosmos, todas unidas bajo un mismo propósito de luz, llegaron a la Tierra para establecer un gobierno interno positivo; es decir, plasmar en nuestro planeta un orden que ya existía en el Universo, y que se veía reflejado en la denominada “Confederación de Mundos de la Galaxia”. Era el inicio de la Hermandad Blanca.

Una gran nave, de aspecto triangular y de un color blanco tan puro como la nieve, se instaló en el hoy desierto de Gobi, en Mongolia. La ubicación había sido estudiada previamente, pues en esa área del mundo, en el pasado, diversas expediciones extraterrestres se habían asentado construyendo inmensos túneles para la explotación mineral. Los 32 enviados aprovecharon la existencia de esas galerías abandonadas para adaptarlas a su misión de preservar y proteger la verdadera historia de la Tierra, que fueron “leyendo” del Registro Akásico o memoria matriz del planeta, y archivándola en una impresionante colección de planchas metálicas de ingeniosas aleaciones, semejantes al legendario “*Oricalco*” de Platón.

Este procedimiento era más que importante, ya que cada cierto tiempo, al completarse un ciclo cósmico, poderosas energías provenientes del espacio afectan el campo magnético de la Tierra alterando la información contenida en su “registro”. En términos sencillos, los 32 enviados procuraron una “copia de

respaldo” de toda esa información para que ningún fenómeno externo la perdiese para siempre.

También sabemos que fue allí donde se construyó el Gran Disco solar, un plan maestro que procuraba “unir” los otros doce discos que provenían originalmente de un gran objeto, que fue creado en tiempos de Lemuria para conectarse con el Universo y comprender su naturaleza.

Pero la misión de los 32 poseía un ingrediente secreto: habían traído con ellos el Gran Cristal que fue hallado en la Nebulosa de Orión. Lo depositaron en una galería subterránea especialmente acondicionada para su protección, bajo el suelo del silencioso Gobi. Y cuando el Gran Cristal fue colocado, se “activó”, iluminándose con un brillo esmeralda que parecía provenir de otro plano más allá de la materia. Entonces se produjo el “alumbramiento” del Gran Cristal: un pequeño objeto, de similar naturaleza, se desprendió de su madre. Aquel elemento emprendería un largo viaje a través de la superficie, mezclándose entre la humanidad en tiempos de suma trascendencia.

Ese objeto, al igual que el Gran Cristal que lo engendró, era indestructible. Pero ambos eran intensamente custodiados para que no cayeran en manos equivocadas. De hecho aquel pequeño cristal ha vuelto una y otra vez a los diferentes Retiros Interiores de Asia y de todo el mundo, pero sin integrarse nuevamente al gran objeto viviente que lo desprendió. Ello ocurrirá cuando la magna obra de la Hermandad Blanca termine.

Asociar el fragmento del Gran Cristal con la leyenda de la Diosa Umiña de los Incas, la Piedra de Chintamani de Roerich, e inclusive los primeros relatos que hablan del origen cósmico del Santo Grial, como se explicó anteriormente, no resulta descabellado.

Los 32 enviados sabían que sólo la humanidad de este planeta podría revelar el misterio y mensaje del Gran Cristal, por tanto cierta tranquilidad reposaba en sus mentes cuando se produjo el despertar y alumbramiento de su tesoro secreto. Fue así que decidieron mover la gran nave hacia el extremo oeste del desierto, donde dominan las altas y sagradas montañas del Altai. Desde allí vigilarían cada rincón del antiguo Gobi.

Hallaron en el macizo del Belukha el lugar perfecto para ocultar su nave bajo su corpulenta estructura. Luego aprovecharon la tecnología de navegación de su ingenio espacial para congelar sus cuerpos —como si fueran a emprender un

largo viaje— quedando en estados de animación suspendida. Lo hacían así pues al morir en la Tierra —donde seres de otros mundos experimentan un envejecimiento prematuro— sus almas deberían volver a sus planetas de origen, y ellos aún no habían terminado su misión. De esta forma quedaron físicamente “dormidos” en sus capsulas de hibernación, pero espiritualmente activos y vigilantes desde otro plano. Mientras la luz del Gran Cristal permaneciese encendida, cual rayo dador de vida desde su escondite secreto en el Gobi, ellos permanecerían aquí.

Este proceso supuso un traspaso de postas: desde que llegó el Gran Cristal a la Tierra los hombres más elevados del mundo, muchos de ellos supervivientes de la catástrofe de Atlántida, emprendieron viaje hacia el Gobi y el Altai, sintiendo fuertemente el llamado de los 32 y la energía de aquel objeto cósmico que ahora latía, cual *luz maxin* o antorcha eterna de cada Retiro Interior.



Así, el remanente de antiguas culturas antediluvianas, todos ellos seres sabios que habían comprendido el error de sus semejantes cuando se generó el divorcio entre la ciencia y la espiritualidad —como ocurrió con la Atlántida— se

constituyeron en los nuevos guardianes materiales del Gobi y las altas cadenas montañosas adyacentes.

Era el inicio de Shambhala. La ciudad luz, la semilla de la Paz.

EL CUMPLIMIENTO DEL PLAN

El Gran Cristal se había enlazado mágicamente con la red nodal del planeta, conectando incluso túneles y espacios subterráneos, inundando todo con su brillo verde brillante de creación. Durante varios miles de años, los habitantes de esta humanidad subterránea, vigilante y protectora de los secretos del Gobi y las montañas, permaneció activa físicamente. Hoy en día, la mayoría de aquellos Maestros ha emigrado a otros planos, en donde continúan su magna labor.

Esto está sucediendo porque se aguarda otro cambio de postas, tal como ocurriera con el deseo de los 32 enviados de perpetuar la cadena, quedando por voluntad propia a vanguardia de que todo lo anunciado se cumpla. Los mensajeros extraterrestres conocían bien su misión, pues en anteriores oportunidades, luego de la Guerra Antigua, su Consejo había enviado diferentes misiones a lejanos mundos para sembrar la semilla de la paz. La visita de estos seres a la Tierra suponía la décima cruzada. Y quizá la última y definitiva.

Empleando términos humanos que han aprendido, y que suelen transmitir simbólicamente para que podamos comprender su importante misión, ellos denominan a su nave “la gran campana”, por el mensaje que encierra de producir un llamado o “despertar” a todos los seres vivientes. Si el término “*Primero de los Antiguos*” alude a Jesús, dentro del contexto que estos seres manejan en el orden de un Plan Mayor —más allá del proceso de nuestros grupos de contacto—, ¿cómo se interpretaría ahora uno de los mensajes más antiguos de la Misión que habla sobre el “Nuevo Tiempo”?:

“Los tiempos serán cumplidos cuando el primero de los antiguos salga en busca de la décima campana que retronará hasta anunciar a los hombres su última prueba antes del gran día del Anrrom”.

Mensaje de Oxalc recibido en Perú, 19 de junio de 1975

Quizá, esta comunicación posee dos significados. Uno orientado al proceso del grupo como misión de contacto y la labor de sus integrantes, y otra vertiente señalando al Plan Mayor y su cumplimiento con el retorno de Jesús. En todo caso, es una revelación que dejamos aquí para ser evaluada, estudiada, y por encima de todo, sentida.

Los 32 “Hijos de la Luz”, como los describe Thot el Atlante en “Las Tablas Esmeralda”, están aguardando ese momento.

EPÍLOGO

EL OCTAVO DE RAHMA

El día 9 amanecemos con un día claro y brillante. Estábamos distintos. Las experiencias que afrontamos en la Puerta nos habían remecido por su contundencia y la gran cantidad de información que en breve juntos empezaríamos a “armar”. Ese día no hablamos mucho. La mayoría permaneció en silencio, todos reflexivos.

Alistamos nuestras cosas y dejamos las tiendas de campaña para volver por última vez a la Puerta y hacer allí un trabajo de conexión con todos los grupos del mundo, teniendo en cuenta que por la gran diferencia horaria con Mongolia para la Latinoamérica y EE.UU. aún era 8 de agosto, el día de la conexión.

Cuckie y Nimer dirigieron una extraordinaria cadena de irradiación en donde empleamos el poder del Gran Cristal para enviar luz al planeta y protegerlo, especialmente en estos meses de agosto y septiembre en donde los Guías nos habían señalado que podrían ocurrir intensos acontecimientos. Lo hemos visto estos últimos años con los cambios climáticos y las tensiones bélicas en oriente medio, acentuadas con las últimas opiniones del presidente de Rusia y su alianza estratégica con Irán. Amén de China. Entonces recordamos que los lamas del Gobi tienen muy presente una profecía, perfectamente representada en sus *tankas* o pinturas religiosas, en donde se aprecia una gran guerra en donde el Islam está involucrado. Y Mongolia, como campo de batalla, también. Pero entonces, dice la profecía, el Rey del Mundo, el supremo Señor de Shambhala, se manifestará sobre su caballo blanco y restituirá la paz.

Aprovechamos la circunstancia y nos conectamos una vez más con los hermanos que se hallaban en las selvas del Paititi y los grupos que ya iniciaban el importante encuentro a orillas del lago sagrado en Bolivia. Ahora comprendíamos a mayor conciencia la trascendencia de haber llegado a Mongolia. Tal como sugería Rubí Cuaila de los grupos de Lima, los mensajes de los Hermanos Mayores, al referirse a los viajes de agosto, estaban advirtiendo el decisivo cambio de postas en el símbolo que constituía el viaje al desierto de Gobi —fundación de Shambhala por seres extraterrestres—, las selvas del Paititi —representando a supervivientes mestizos que continuaron la obra—, y el Lago

Titicaca —con todo el mensaje de futuros trabajos por el planeta—; en suma, un ciclo se cerraba, y otro se abría para toda la Misión.



Entonces Nimer, abrazado por una fuerza especial, propuso conectarnos con todos los hermanos de los grupos a escala mundial, pronunciando el nombre de cada uno de ellos, tanto los que aun participan como los que por diversas razones no se encuentran, enviándoles toda esta energía que estábamos canalizando y sintiendo. Fue en extremo emocionante evocar a cada uno de ellos, de todos los que pudimos acordarnos en ese largo rato que permanecemos tomados de las manos y vibrando al pie de la stupa de piedra. Los sentimos a todos.

Luego de ello nos dimos un fuerte abrazo. Sabíamos que habíamos cumplido ampliamente los objetivos del viaje. Y en silencio, fuimos rumbo a los viejos “tanques”.

Emprenderíamos nuestro retorno.

Oron Dol, visiblemente contento, nos recibió cuando llegamos a los vehículos y nos dijo a boca de jarro: *“En el antiguo calendario mongol, el día 8 de agosto es cuando se unen el cielo con la tierra”*.

Luego sonrió con complicidad.

KARAKORUM

Ese día volvimos a pasar la noche en el desierto de Gobi, pero no cerca al monasterio, sino en el campamento de gers. Allí pudimos conseguir agua. Necesitábamos a gritos un baño.

Luego viajamos a Saynshand, situación que aprovechamos para visitar el pequeño Museo de Danzan Rabjaa e investigar un poco más sobre su vida. Esa tarde tomamos el tren. Nuestro plan era estar en Karakorum —antigua capital del Imperio Mongol, enclavada en el centro del país— el día 11.

Permaneceríamos allí dos días para meditar y reflexionar todo lo que habíamos alcanzado en el viaje. Karakorum había sido una constante en nuestras meditaciones desde que se estaba organizando la expedición a Gobi. Por alguna razón, fue el escenario designado para tomar mayor conciencia de lo que pasó el día 8 en la Puerta.



Al compartir, constatamos que habíamos vivido experiencias muy similares; nada se contradecía, al contrario, se complementaba y en muchos casos la información era idéntica. Releímos entonces todos los mensajes previos al viaje y vimos que no sólo se habían cumplido, sino que a la luz de las experiencias adquirirían más sentido y profundidad. Estábamos muy entusiasmados.

Leyendo un libro de Victoria LePage, la reconocida investigadora australiana dedicada al enigma de Shambhala, hallamos que uno de los nombres de la montaña Belukha del Altai significa "*Orión, el lugar donde viven los dioses*". ¿Una referencia a la ubicación actual de la nave de los 32? Ahora comprendíamos también por qué Roerich amaba tanto esas montañas...

Elvis, acertadamente, veía en la experiencia de la Puerta una suerte de "complemento" de todo lo que habíamos vivido en el viaje a Egipto de 2003. En la Gran Pirámide tuvimos una conexión con el Cosmos; y en el desierto de Gobi el "viaje" nos llevó al mundo subterráneo y sus secretos, desde la galería intraterrena en donde se halla el Gran Cristal, a la nueva ubicación de la nave de los 32 bajo el gran macizo del Altai. Un lugar que tal vez nos aguarda para más adelante.

Sólo sabemos que en el futuro se harán nuevas expediciones hacia otros enclaves del Gobi —los lamas del monasterio nos dijeron, incluso, que tres de nosotros volveríamos—, pues hay muchas zonas más del desierto y del Altai que merecen ser conocidas y reveladas. También sentimos que algunos partirán hacia el mismo lugar que nosotros visitamos en el desierto —obligada “iniciación” para el caminante que llega por primera vez a estas tierras sagradas—; no obstante ninguno de esos viajes se haría como “requerimiento” de la Misión, sino como una consecuencia de todos nuestros pasos previos, como parte de una búsqueda personal y procesos individuales que deben ser sellados. Los mensajes así lo anticipaban, y ello fue lo que recibimos en la Puerta. Ahora estamos en otro momento. Además, también hay que comprender que hecho el puente entre los centros de poder de nuestros lugares de origen y Shambhala no es indispensable orientar todo nuestro esfuerzo en Asia cuando es en los Andes donde actualmente la energía se halla en pleno despertar. De hecho nuestro viaje a Gobi significó trazar una ruta de “ida y vuelta” con otros centros de la Hermandad Blanca que hemos venido visitando.

Comprendimos que vinimos sólo a cerrar un proceso, en el año 33 de haberse iniciado nuestra experiencia de contacto. Un símbolo que permanece vivo en aquel asiento de piedra que corona la estancia de los 32 enviados de las estrellas. De acuerdo a todo esto se apertura una fase distinta en nuestra forma de caminar al interior de la Misión. Más que una etapa —como nos dijeron— es un momento que cada uno sentirá.

Hablamos mucho sobre el significado del “Octavo de Rahma” a la luz de las vivencias que habíamos enfrentado en el desierto de Gobi. Y concluimos que era difícil de explicarlo. Hay que vivir en ese “estado” para saberlo, un estado que involucra mayor conciencia, paz y espiritualidad. Un instante de realización personal y colectiva. El momento de mayor trascendencia en todos nosotros.

Recordábamos en nuestra conversación que muchas veces se nos dijo que debíamos enseñar con el ejemplo, y que a través de él nuestro mensaje cobraría firmeza y mayor proyección a los hermanos. Ciertamente todos estos años hemos procurado llevarlo a cabo, superando errores y acumulando una importante experiencia. Así aprendimos que no servía de nada acumular más y más informaciones sobre el Plan Cósmico si no lográbamos comprender el significado de nuestra propia existencia. Todas las revelaciones son importantes, desde luego, pero caerían en odres viejos si apuntamos en la dirección equivocada. Lo que nos fue entregado, sencillamente, procuraba hacer de nosotros personas más conscientes de su existencia y rol en el Universo. Eso es lo que pretendían los

encuentros cercanos con los Guías extraterrestres y Maestros de la Hermandad Blanca. Todo es parte de una preparación.

Por primera vez en la historia de la Misión se habían enlazado tres lugares íntimamente vinculados a la Hermandad Blanca y nuestro proceso humano; como decían los mensajes, lo que fue, lo que es, y lo que será. Fruto de todo ello algo increíble se estaba poniendo en marcha, y ya lo podíamos sentir. Y es que no sólo se unieron Gobi, Paititi y el Lago Sagrado, muchos enclaves de gran importancia reunieron a los grupos. Todos vivieron en ellos importantes experiencias. Al volver a nuestros hogares lo supimos. La constante fue el contundente apoyo de los Guías, en cada esfuerzo y paso que dimos. Este desplazamiento de viajes, salidas y trabajos a distancia fue único y especial.

¿Cómo transmitir todo lo que vivimos en este viaje a Gobi cuando aún sigue fluyendo la información? ¿Cómo resumir en un texto escrito una vivencia que, literalmente, afectó positivamente nuestra vida? ¿Cómo decirles a todos que las informaciones que recibimos y las experiencias que afrontamos no fueron lo más importante, sino lo que nos llevamos dentro? ¿Todos entenderían la nueva etapa que estamos iniciando? ¿Algunos se resistirían a dejar la “crisálida”, como mencionaba Emuriel en su primer mensaje?

El grupo de viaje confió en mí la responsabilidad de escribir este informe en nombre de todos. Mis buenos amigos me ayudaron en la revisión del texto, compartiéndome sus puntos de vista y sugerencias. Ello nos hizo ir más lento en la redacción, pues cada tramo que avanzaba se los enviaba por e-mail para que lo leyeran y revisaran. Y desde luego que valió la pena, pues dimos firma a un informe que contiene la visión de todos los que realizamos este viaje, y no el de una sola persona.

El 14 de agosto abandonamos Mongolia. Aprovechando nuestra escala en China decidimos detenernos en Beijing para descansar un par de días antes de volver a nuestros países. Allí nos reunimos con importantes diplomáticos de la Embajada de Ecuador —un contacto que nos brindó amablemente Susie de Prinz de Quito—, con quienes conversamos sobre la política actual de China en el mundo, viendo en ellos un compromiso grande en llevar a buen puerto cualquier iniciativa de paz dentro del ámbito en el que se mueven.

Fue en China donde recibimos la noticia del terremoto en Perú, un desastre natural que lamentamos muchísimo por la pérdida de vidas humanas y la destrucción de ciudades costeñas como Pisco e Ica. Todo ello nos hizo recordar la

visión del movimiento sísmico que más de uno tuvo en la experiencia del día 8. No obstante, sabíamos que aquella imagen no apuntaba exactamente al fuerte sismo que vivió mi país, sino a un proceso de “ajuste” en todo el planeta que ya está puesto en marcha. Tenemos que estar preparados para enfrentar todo esto con entereza, y no descuidar nuestro trabajo para aliviar la intensidad de estos cambios planetarios. Ese es el mensaje y parte importante de nuestra misión.

En EE.UU. los grupos de California nos recibieron con mucho entusiasmo. Ellos fueron importantes pilares para que nuestro viaje pueda realizarse. Estamos en deuda por tanto cariño con los grupos de San Francisco y Napa —desde un principio nos dieron su total apoyo— que organizaron diversas actividades, al igual que los grupos de Los Angeles y San José; a Martín Padilla de Stockton, que consiguió las reservas perfectas de nuestros vuelos cuando más de una agencia de viajes nos daba malas noticias. En fin, todo se dio perfectamente gracias al apoyo y compromiso de todos los grupos del mundo. Siempre estaremos muy agradecidos.

Luego de este viaje inolvidable al desierto de Gobi, empezaron a ocurrir cosas extraordinarias y positivas en nuestra vida personal. Aún hoy nos siguen sorprendiendo todas las sincronicidades que se están dando de una forma literalmente increíble.

Hemos terminado este informe a menos de un mes de haber dejado Mongolia. Los recuerdos de la experiencia del día 8 continúan manifestándose y aun podemos respirar ese aire caliente de las estepas y contemplar ese cielo azul que hipnotiza. Los ojos que “todo lo ven” se mantienen en nuestra mente, como grabados a fuego. Permanecen en nuestros sueños, inclusive, al igual que la energía de aquel extraño cristal verde esmeralda. Y sobre ello, debemos decir que hemos recibido indicaciones precisas para trabajar con él a distancia. Compartiremos todo esto en breve.

Para ser sinceros, en realidad, este texto es sólo una aproximación a lo que nos pasó. Todos los que han realizado un viaje de esta naturaleza saben a qué nos referimos: aquellas cosas que inundan de tanta paz el corazón, sólo se pueden transmitir en la vida misma; mas hemos intentado, como otras veces, ponerlas en estas páginas para que la vivencia —y su mensaje— puedan ser compartidas.

Gracias por haber “viajado” con nosotros. Esperamos que estas páginas les hayan podido transportar a un viaje que, sin duda, fue también el vuestro.

¡Se empieza a sellar la alianza con las fuerzas de la luz!

Que el Profundo les bendiga,

Ricardo González, en representación del grupo de viaje a Gobi.

Adrogué, Buenos Aires, 10 de septiembre de 2007



En la imagen: Arriba, Elard Pastor, Elvis Martínez e Isabel Zepeda
Abajo, Cuckie Pastor, Carina Marzullo, Nimer Obregón, Ricardo González y Oron Dol.